

Agosto 12/1972

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

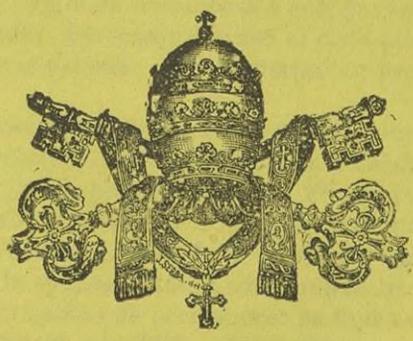
doctor en sagrada Teología.

AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROSADOR, N.º 24 Y 26.
1872.

Entregas 93 y 94.

L47
2894

PÍO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS ACTOS Y HECHOS PRINCIPALES DE SU GLORIOSO PONTIFICADO.

Por el Sr. D. Emilio Moreno Cebada, autor de la obra.

de la que

RELAZADOS CON EL CATECISMO,

UN EXAMEN DE LOS HECHOS EN LAS DIFERENTES SITUACIONES DE SU VIDA.

CON UN EXAMEN DE LOS HECHOS EN LAS DIFERENTES SITUACIONES DE SU VIDA.

Y LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CIUDAD.

CON UN EXAMEN

DE LOS HECHOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA

DE LA HISTORIA DE LA CIUDAD DE BARCELONA.

D. EMILIO MORENO CEBADA

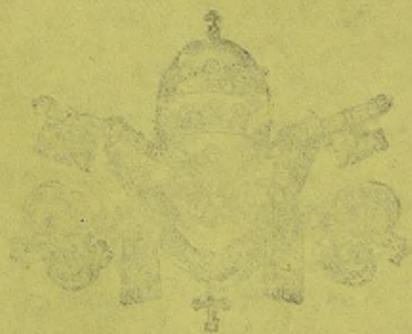
AMOR A LA PATRIA Y A LA RELIGION, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS

RELIGIOSAS Y CIENTIFICAS

IMPRESION EN LA CIUDAD DE BARCELONA

EN LA IMPRESION DE D. PABLO RIEA.

EN LA IMPRESION DE D. PABLO RIEA.



BARCELONA:

IMPRESION Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIEA.

CALLE DE SERRA, N.º 21 Y 23

1872

insultar las saludables máximas del Evangelio, haciéndose los [mayores esfuerzos por hacer desaparecer por completo el culto antiguo reemplazándole con el de la razon. No necesitamos, pues, referir hechos repugnantes, uno de los cuales fue el decretar la supremacía de Dios y tributar á la sensualidad el culto que á la Divinidad era debido.

Mas á través de esa tenaz lucha entre la razon y la fe, entre Belial y Cristo, la Iglesia no dejó de experimentar la asistencia del Espíritu Santo, que le hizo alcanzar un triunfo maravilloso.

Creemos poder afirmar que la persecucion que la Iglesia y el Pontificado viene experimentando hoy es bajo cierto punto de vista mas cruel que las que sufriera en las épocas que tan ligeramente hemos señalado. Hoy no es un emperador pagano que aferrado al culto de sus falsas divinidades se propone concluir con el culto católico; no son heresiarcas que descaradamente se salen de las filas del Catolicismo para combatir sus dogmas: no son Voltaire, Rosseau, Federico II, y sus corifeos que tenian la franqueza de confesar su impiedad y su odio á la Cátedra de san Pedro. Hoy la capital del mundo católico ha sido invadida por un monarca que al mismo tiempo que lleva á cabo la sacrílega usurpacion, quiere presentarse ante el Jefe supremo de la Iglesia con el carácter de hijo sumiso y obediente.

Previsto estaba que las usurpaciones del gobierno subalpino no habian terminado, y desde el momento en que las tropas francesas abandonaron el resto de los Estados Pontificios llamadas por Napoleon III (y que salieron de Roma en los momentos en que el ejército francés perdia la primera batalla, augurando la caida del imperio), Victor Manuel, llamado rey de Italia, se propuso acabar la obra de la unidad de aquella nacion impelido á ello por los mismos que probablemente acabarán por destronarle.

Interminable seria la historia de las gestiones diplomáticas unas y otras violentas, llevadas á efecto por la política piemontesa, á fin de posesionarse de Roma.

Despues de la osada declaracion del Parlamento reclamando á Roma por capital, entabláronse negociaciones con las Tullerías para encontrar una fórmula que, adormeciendo el celo alarmado de los católicos, abriera subterráneo camino de Turin al Capitolio. Prestábase á semejante maniobra el carácter especial del Emperador, personaje á quien el cielo anduvo tan escaso en conceder la sencillez de la paloma, como generoso en prodigar la astucia de la serpiente.

Parto de sostenidas conferencias fue aquel convenio internacional de 15 de setiembre de 1864, por el que se estipulaba que la dinastía de Saboya levantaria de Turin su régia tienda para montarla en Florencia, con lo que se conseguia el doble resultado de presentar á los ojos de la revolucion una nueva etapa consumada hácia los santos muros, al mismo tiempo que se pintaria la nueva faz política ante la opinion católica como una tácita renuncia de Roma.

Las tropas del imperio habian de permanecer en Roma el tiempo suficiente á la organizacion del ejército pontificio, obligándose á evacuarla completamente á los dos años de efectuada la traslacion á Florencia de la capital italiana.

Por su parte Víctor Manuel se comprometia á no atacar el territorio que continuaba bajo la soberanía pontificia, y hasta á impedir que fuera atacado por extrañas fuerzas.

¡Donoso compromiso que no dejó muy alta, que digamos, la fama de lealtad y respeto del Rey del Piamonte, á los mas sagrados derechos!

Tambien Víctor Manuel se encargaba por otro artículo de satisfacer la parte de deuda correspondiente á las provincias ocupadas por sus armas.

Todas estas gestiones y ácuerdos se debatieron y tomaron sin la menor intervencion del soberano Pontífice, de cuyos títulos, propiedades y derechos la diplomacia franco-italica disponia, con la misma franqueza ruda que los sa- yones de CRISTO se repartieron sus sagrados vestidos.

Pro IX al enterarse de la *Convencion* celebrada sobre cuestiones, que eran de su exclusiva incumbencia, se limitó á exclamar: «¡Compadezco de veras á «la Francia!»

Y en efecto, digna de compasion iba haciéndose ya en aquella época el hoy derruido imperio; bajo el punto de vista diplomático, la Francia derogaba por el *Convenio* nada menos que el solemne tratado de Zurich, en el que se respetaban los derechos del duque de Toscana, cuya capital era Florencia; bajo el punto de vista católico, Francia encargaba á otras manos, por cierto no muy limpias, la salvaguardia del *arca santa* del Catolicismo; bajo el punto de vista moral, Francia se desconceptuaba inclinándose ante las pretensiones de una corte, cuya magnificencia consiste únicamente en la grandeza de sus ambiciones.

Véase, pues, la oportunidad de esta exclamacion: «Compadezco de veras «á la Francia.»

Comentando el *Convenio de 15 de setiembre* en un memorable opúsculo, decia el ilustrísimo señor Obispo de Orleans: «Dentro de dos años todo estará dispuesto para que estalle una revolucion. Hasta entonces una severa consigna evitará toda manifestacion, y va á reinar en Roma la tranquilidad mas completa; se evitará con esmero todo pretexto para prolongar la ocupacion. Despues que nosotros hayamos salido de Roma, el motin preparado estallará. Si el Papa se defiende, se dirá: es un tirano; si deja que sigan su curso regular los acontecimientos se le declarará perdido. Se permite al Piamonte el ametrallar á los turineses descontentos de la traslacion de la capital, ó fusilar á centenares á los napolitanos que defienden su independendencia; pero en cuanto al Papa ya es otra cosa. Si deja que se disparen cañonazos, se volará al auxilio de los súbditos oprimidos; si prefiere salir de Roma antes que permitir que corra sangre se le acusará de débil, y bajo pretexto de conservar el órden, se ocupará la ciudad.

«En los bosques, cuando se quiere cortar un árbol secular, se cortan las ramas principales, luego á hachazos se corta el árbol por la parte baja del tronco, y antes de derribarlo se ata una cuerda á la punta del árbol con un nudo corredizo; se sujeta con fuerza por el otro extremo, y luego los operarios se apartan guareciéndose de la caida del árbol; este viene abajo, y no parece sino que cae luego por su propio peso.

«Este tratado en manos del Rey de Italia, es, en mi concepto, el lazo corredizo en manos del operario; empero, este operario si lleva á término su trabajo, no obra sino con permiso de otro, que es el amo; y mis ojos se han llenado de lágrimas al pensar que el tratado que estoy analizando está firmado por la Francia.»

La corte de las Tullerías, dirémos siguiendo el apropiado símil del Obispo de Orleans, se encargó de inclinar un poquito el árbol para colocarle el nudo

corredizo. El marqués de Lavalette, embajador de Francia en Roma, al partir de París había dicho al Emperador: *Yo inclinaré al Papa*. Vana presunción; Mr. de La Valette no pudo conseguir otra cosa que aquel *Non possumus* solemne, que ha sido una de las características expresiones del Pontificado actual.

Pío IX se mantuvo en una firmeza heroica. En 1861 había rechazado ya un *capitulato* de transacción propuesto por Ricassoli, en el que en diversas formas se pretendía conseguir el objeto del convenio de setiembre de 1864.

En una de las conferencias diplomáticas celebradas entre La Valette y el cardenal Antonelli, este rectificó las bases en que aquel apoyaba sus proyectos de transacción, «partís de un supuesto inexacto, dijo; no existe desacuerdo alguno entre el soberano Pontífice y la Italia. La discordancia entre el Padre Santo y el Gabinete de Turin no trasciende á las relaciones con la Italia, con la que estamos en perfecta armonía. También es Italiano el Papa, y por consiguiente los sufrimientos de la Italia son los suyos propios.

«En cuanto á concordar con los expoliadores, no lo harémos jamás, os lo repito, toda transacción en este terreno es imposible. Cualesquiera que sean las reservas con que se envuelva su propuesta, por mucha que sea la delicadeza con que se plantee, si aceptáramos una discusión revelaríamos la posibilidad de un desenlace que nos es ilícito. Antes de su exaltación el Pontífice jura, como juran los cardenales antes de su nominación, no ceder en nada de lo que atañe á los derechos de la Iglesia. El Padre Santo, no hará, pues, concesión alguna en este sentido; ni el mismo Conclave podría hacerla, ni otro Papa la hará.»

Esta inflexibilidad era bastante significativa para advertir al imperio la inconveniencia de empeñarse en nuevas gestiones de aquel género; sin embargo, á pesar de ellas, á pesar de complicaciones tan graves, como la insurrección de Garibaldi, y las manifestaciones de los ocultos intentos del Gabinete de Turin; á pesar de que el mismo imperio se vió obligado á lamentarse en octubre de 1862 de las pocas aceptables disposiciones de la Italia en favor de la conciliación, á pesar de todo esto y de mucho más que esto, vino la *Convención* de setiembre. Es decir, el árbol no se inclinó, pero los leñadores se subieron á él para echarle el nudo corredizo.

La diplomacia italiana se apresuró á dar el genuino sentido revolucionario á aquel documento; el marqués Pepoli decía en Milan: «El tratado del 15 de setiembre en nada se opone á la realización del programa nacional.» El Parlamento de Turin aceptó el Convenio en virtud del informe de la comisión nombrada para su exámen, la cual aseguró que «carece de fundamento hasta la menor duda de que renunciemos con él á nuestras aspiraciones de poseer á Roma; no renunciemos el ir á Roma un día, solo renunciemos á ir por la fuerza... esta renuncia no contradice la memorable orden del día 27 de marzo de 1861... (1).»

Estos datos bastan y sobran para juzgar el espíritu del Convenio.

En el entretanto reconstituíase en la capital de la cristiandad el ejército defensor de la Santa Silla, sacrificado en aras de las pasiones demagógicas en las llanuras de Loreto. El nuevo ejército no había de ser jamás una batalla viva, su destino era ser una viva protesta ante la eternidad y ante la historia.

(1) Sesión en la que se declaró á Roma capital de la Italia.

El plazo de dos años que el Emperador se habia reservado para mantener inhiesta la bandera de san Luis en los torreones de San Angelo, finió.

El dia 6 de setiembre de 1866, el general de Montebello rodeado del estado mayor del ejército de ocupacion se presentó á Su Santidad para ofrecerle los homenajes de despedida.

«Hay circunstancias, dijo el general al Papa, en que la tristeza inseparable de toda despedida toma la fuerza de un verdadero dolor... el Emperador fiel á sus compromisos retira sus tropas, mas no su apoyo... deja en Roma la proteccion de la Francia.»

Pio IX contestó:

«Vedme aquí, hijos míos, para despediros en la víspera de vuestra partida.

«Vuestra bandera, diez y ocho años atrás, salió de Francia con la mision de defender los derechos de la Santa Silla, y fue acompañada por los votos y aclamaciones de todos los países católicos. Hoy vuelve á Francia. Yo deseo que sea acogida por las mismas aclamaciones, empero lo dudo mucho. En efecto, se me escribe que los corazones católicos se hallan alarmados, se estremecen al pensar en las dificultades que rodean al Vicario de JESUCRISTO, Jefe de la Iglesia católica.

«No conviene hacerse ilusiones, la revolucion vendrá aquí, esto se ha proclamado, se ha dicho y se repite. Un alto personaje italiano ha dicho que la Italia esta hecha, mas no completada. ¿La Italia no tendrá su remate mientras exista un rincon de mundo en donde reinen el órden, la justicia y la tranquilidad?

«Quieren izar la bandera revolucionaria en el Capitolio. Vosotros sabeis, como yo, que no léjos del Capitolio está la roca tarpeya.

«Seis años atrás hablando con un representante de Francia me pidió si tenia algo que comunicar al Emperador, yo le contesté: «San Agustin, obispo de Hipona, que hoy pertenece al imperio francés, espantado de los azotes que presentia, mientras los bárbaros sitiaban la ciudad, suplicó al Señor le permitiese morir antes de ser de ellos testimonio de vista,» y añadí yo: «decid esto al Emperador, el comprenderá su significado.»

«El embajador me contestó: «Santísimo Padre, tranquilizaos, los bárbaros no entrarán.

«El embajador no es profeta.

«Otro representante francés, que hoy ocupa elevadísima posicion me dijo tambien: «Roma no puede ser la capital de un reino; no tiene para esto condiciones, mientras que todo la favorece para continuar siendo la Capital de la cristiandad.»

«Mas ¡yo temo la revolucion! ¿Qué hacer? qué decir? Carezco de recursos; á pesar de ello estoy tranquilo; Dios, que es la potencia suma, me dé fuerza y constancia.

«Id, hijos míos, partid con mi bendicion y mi amor. Si veis al Emperador decidle que cada dia ruego por él. Dicen que su salud no es muy buena, yo ruego por su salud; dicen que su alma no está del todo tranquila, yo ruego por su alma.

«La nacion francesa es cristiana; su jefe debe serlo tambien.

«Son indispensables oraciones acompañadas de confianza y perseverancia, y esta nacion tan grande y fuerte podrá obtener la satisfaccion de sus deseos.

«Veo que el mundo se agita. En cuanto á mí solo confío en la misericordia divina. Recibid mi bendición.»

Apenas hubo salido el último soldado francés empezó á dejarse sentir la influencia mortífera del espíritu revolucionario. «En fin, decía una proclama, «ya no hay en Roma la bandera francesa; á nosotros, romanos, atañe ahora «consumar la obra, el triunfo es cierto; los dias del despotismo clerical están «inexorablemente contados.»

Conviniera á la política del Piamonte que, á lo menos por corto período, usaran de cierta circunspeccion los agentes revolucionarios; mas no es asequible á espíritus que se revuelven de continuo en el fango, la alta y magnífica virtud de la prudencia.

Garibaldi, el ídolo de la chusma de todos los pueblos, temió perder su popularidad sino se presentara á sacrificar un puñado de creyentes defensores de la Santa Sede, abandonados de todas las potencias y solo protegidos por el invisible y sobrenatural auxilio.

Si un destello del sentimiento de dignidad hubiera quedado en su pecho, siempre encendido en ira, comprendiera que no era aquel un campo á propósito para realizar hazañas gloriosas; empero, ¡á qué pedir nobleza de propósitos al reptil que gusta de alimentarse en sangre! Turbas de todos los países, aventureros, que tienen la osadía de llamarse los redentores de la razon, sin ni siquiera haber saludado los rudimentos de la primera enseñanza; hombres que se atreven á decir que mienten los santos Padres, sin que sepan leer ni aun la proclama de un bárbaro caudillo, tales fueron los caracteres de los que, formando salvaje horda, levantaron el pendon de la conquista de Roma, inundando, como turbio oleaje, los campos pacíficos donde un pueblo contento de su Rey, porque su Rey era su padre, descansaba tranquilo.

Ischia y Canino, Valentano y Aquapendente se ven sorprendidos por la invasion. Nuevos iconoclastas decapitan las imágenes, que la piedad ha erigido en los caminos, y derriban los altares que son las joyas del verdadero pueblo. No contentos con mancillar con sangre inocente el suelo patrio, escupen hácia el cielo, soñando quizá cubrir con la podredumbre de sus labios, la luz de las estrellas que cantan gloria á Dios; gritan, vociferan, como dando á entender que quieren vilipendiar la dignidad humana que se revela en el sensato lenguaje; reniegan y blasfeman para atestiguar que no son cristianos.

¿Podian bastar contados centenares de soldados de la justicia para detener el empuje de aquellas hordas? No, y sin embargo, cuando el ejército de Garibaldi ve tendidas á sus piés algunas víctimas, embriágase de gozo y prorrumpe en cantos de bárbara victoria.

Roma se extremece, y la Europa indolente encuentra algo desentonados los colores de aquel cuadro; una cosa es herir de gravedad la moral, como en Castellfidardo, pero hierla en artística regla, otra ofender el decoro y el buen tino de la ciudad civilizada como en Aquapendente y Bagnorea. El mundo vuelta instintivamente la cara hácia la Francia «¡y bien!!!» la pregunta increpándola.

Mientras tanto encarnizábanse las armas garibaldinas en Cervara y Monte Libretti; la Francia veia caer impunemente en aquella indigna contienda hombres del valor y de las virtudes de Arturo Guillemin, y de Urbano Cluélér, y empezaba á acentuar sus quejas, pidiendo al imperio cuenta severa de la sangre que se derramaba.

Los sentimientos franceses preparaban una tremenda explosion. En vano el Gobierno del Emperador contestaba al espíritu público anunciando tener diplomáticas seguridades del Gabinete de Florencia; la palabra de Ratazzi no era ya una garantía.

El imperio se vió obligado por la Francia á enviar una expedicion militar para proteger los amenazados derechos del Papa.

El 21 de octubre de 1867 el general Faily desembarcaba en Civitavecchia al frente de un cuerpo expedicionario: «Vengo, dijo en una proclama á los romanos, á proteger al Padre Santo y al trono pontificio contra los ataques armados de las bandas revolucionarias.»

Cási al mismo tiempo Monte Rotondo era teatro de una escena semejante á la de Monte Libretti; al llegar los soldados de la nacion cristianísima, el general Kanzler, jefe de las tropas pontificias, habia ordenado la concentracion de todas las fuerzas á la Capital, en vista de la inutilidad de empeñar luchas parciales con enemigos de decuple fuerza.

Sin embargo, la espada de Francia llegó á tiempo para dar en Mentana la victoria á la justicia.

Caros costaron aquellos laureles á la cristiandad, pues perdió en el combate héroes como el escritor Juan Moeller, el caudillo Quatrebarres, el anglicano convertido Julio Watts-Russell, y otros, entre ellos aquel ejemplar de adhesion admirable, Enrique Pascual, que mereció esta rara inscripcion: *Hubo de pedir prestada su espada para tomar parte en el buen combate.*

Los soldados de Garibaldi fueron vencidos en Mentana, es decir, en el primer campo donde les esperaba una fuerza regular, aunque muy inferior á la que ellos contaban.

El gabinete de Florencia tuvo valor para protestar contra la nueva ocupacion de Roma por la Francia; aquel mismo gabinete que no pudo impedir los atropellos de Garibaldi contra los soldados del Papa.

La Francia en aquella ocasion cumplió su deber.

Un año mas tarde, rindiendo homenaje á la verdadera opinion del pueblo francés, decia en las Cámaras Mr. Rohuer estas palabras memorables: «Hay planteado un dilema; el Papa tiene necesidad de Roma para conservar su independencia; la Italia aspira á poseer á Roma como una necesidad imperiosa de su unidad; pues bien, declaramos en nombre del Gobierno francés, que la Italia jamás se posesionará de Roma.»

Y como estas palabras fueron recibidas con una salve estrepitosa de aplausos, el órgano del imperio las afirmó una y otra vez: «*No, jamás, nunca*; jamás la Francia sufrirá esta violencia hecha á su honor y al de la catolicidad...»

Y proseguia el Ministro: «¿cuánto tiempo nuestras armas permanecerán en Roma para proteger al Padre Santo? Todo el tiempo necesario á su seguridad; todo el tiempo necesario para hacer eficaz y fuerte la convencion del 15 de setiembre.»

En el entre tanto á la sombra misma de la bandera francesa, la revolucion urdia el vasto plan de ulteriores sorpresas.

La primera consigna fue mantener la agitacion en los ánimos; ¿cómo cumplia la revolucion aquella vil consigna? La historia de estos últimos años registra un hecho, que la posteridad juzgará segun su merecido.

Gracias á la oculta proteccion de ciertos criminales, algunos hombres osados consiguieron minar los fundamentos del cuartel Serristori, cargar la mi-

na, y á la hora oportuna hacer volar el edificio sepultando en sus escombros un considerable número de víctimas.

Los ejecutores del plan fueron habidos, llamábanse Monti y Tognetti.

Á la mañana siguiente de la ejecucion de aquellos dos grandes criminales, que sea dicho en honor de su conciencia, se arrepintieron cristianamente, la prensa italiana lanzó un grito de horror contra Roma: «Hoy mismo, decia *La Opinione nazionale*, en la ciudad de Roma han caido dos cabezas ensangrentadas, las cabezas de Monti y Tognetti, que cometieron el crimen de amar demasiado á la patria. ¡Muerte á la Roma de los Papas, é infamia para vosotros, cobardes ministros!»

Este lenguaje, que repugna hasta en el ligero periodismo, fue reproducido—¡quién á concebirlo se atreveria á no constar de una manera oficial—fue reproducido en el parlamento de Florencia.

Sí, en aquel parlamento se formuló una protesta contra Roma porque vindicaba los derechos de la humanidad, y allí se arrojó el sempiterno borron de trazar la apología del crimen.

¡Quizá no nos presente la historia ningun hecho en tan alto grado repugnante!

Animada la Italia, ó los que se jactan de ser la Italia, de tan negro espíritu, podia ya calcularse la suerte que tendria Roma al ofrecerse la primera ocasion favorable á los propósitos de los adversarios del Pontificado.

La guerra de Prusia aceleró la hora de la consumacion de las injusticias florentinas.

Napoleon III, ya porque tenia necesidad suma de soldados, ya para evitar las complicaciones diplomáticas que podia suscitarle la permanencia de un ejército en Roma, llamó por segunda vez á sus tropas.

El ejército pontificio era impotente para dominar los elementos anárquicos, que iban aglomerándose en el sagrado recinto. Sin embargo, el pueblo permanecia sumiso.

El cielo quiso que viera el mundo hasta donde es capaz de llevar la osadía y el desacato al soberano que rechaza la mano de Dios por guía.

Roma fue invadida el 20 de setiembre de 1870.

Vamos á copiar la carta que el desventurado Príncipe dirigió á Pio IX pocos dias antes de consumarse el hecho sacrilego, con las mismas notas que le pusimos al insertarla en la citada obra referente al Concilio Vaticano:

Santísimo Padre: Con filial afeccion (1), con fe católica (2), con lealtad de rey (3), con sentimiento de italiano, me dirijo ahora como me dirigí ya en otro tiempo, al corazon de Vuestra Santidad (4).

Europa está amenazada por una tempestad llena de peligros (5). Á favor de

(1) ¡Afeccion para el padre siente el hijo que le arrebató el cetro puesto en sus manos por el universo y por la historia!!!

(2) ¡Fe católica la del creyente que usurpa del Sumo Pontífice la gloria soberana!!!

(3) ¡Lealtad de rey, quebrantar el sagrado convenio, y la solemne promesa de respetar los restos del mas justo patrimonio!!! llámase esto *lealtad* en el diccionario régio!!!

(4) No, no al corazon, sino al trono se dirige V. M. para arrebatárselo al monarca italiano, al Pontífice de los creyentes, y al Padre de la cristiandad. Desde Getsemani, el representante de JESUCRISTO no habia recibido un beso tan semejante al que en aquel huerto amargo recibió el divino Maestro de los labios del que con *filial afeccion* habia recibido el divino cuerpo, con *fe católica* le proclamaba *maestro*, con *lealtad de apóstol* decia: Este es, y con *sentimiento noble* exclamaba besándole, *prendete*.

(5) Y de esta tempestad no es la menos siniestra nube el que hablen los reyes semejante lenguaje.

la guerra que devasta el centro del continente, crece la audacia del partido de la revolucion cosmopolita, y prepara, especialmente en Italia y en las provincias gobernadas por Vuestra Santidad, los últimos golpes para la monarquía y el papado (1).

«Sé, Santísimo Padre, que la grandeza de vuestro ánimo no cederá nunca ante la magnitud de los acontecimientos (2); pero yo, rey católico (3) y rey italiano, y, como tal, guarda y garante, por disposicion de la divina Providencia (4) y voluntad de la nacion, de los destinos de todos los italianos, siento el deber de tomar á la faz de Europa y del Catolicismo la responsabilidad de la conservacion del orden en la Península y de la seguridad de la Santa Sede (5).

«El estado de los ánimos en las poblaciones gobernadas por Vuestra Santidad, y la presencia en ellas de tropas extranjeras, procedentes de diversos puntos y con diversas intenciones, son un foco de agitacion y de evidentes peligros para todos (6). El acaso ó la agitacion de las pasiones puede producir violencias y una efusion de sangre que debemos evitar é impedir (7).

«Veo ineludible la necesidad, para seguridad de Italia y de la Santa Sede, de que mis tropas, destinadas á guardar las fronteras, avancen y tomen las posiciones que serán indispensables para la seguridad de Vuestra Santidad y la conservacion del orden (8).

«Vuestra Santidad no querrá ver un acto hostil en esta medida de precaucion (9). Mi Gobierno y mis fuerzas se limitarán absolutamente á una accion conservadora y tutela de los derechos fácilmente conciliables de las poblaciones romanas, y la inviolabilidad del Soberano Pontífice y de su autoridad espiritual con la independendencia de la Santa Sede (10).

«Si, como no dudo (11), y como me da derecho á esperarlo su carácter sagrado y la bondad de su corazon, Vuestra Santidad desea como yo evitar todo conflicto (12) y el peligro de una violencia (13), podrá tomar con el conde Ponza di San Martino, que le entregará esta carta, y que está provisto de oportunas instrucciones de mi Gobierno, los acuerdos que mejor le parezcan.

(1) Para la monarquía no puede haber golpe último despues del que le asesta tamaña carta; para el Papado, la fe católica, que V. M. invoca, debe haberle enseñado, que no habrá golpe último, porque el último golpe lo dará él, pues al Pontificado es aplicado aquello: *Sede à dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum.*

(2) ¡Qué hermosa confesion! Pero si lo sabe V. M., ¿á que presentarse inútilmente como á tentador?

(3) ¡Católico! Señor, deponed por Dios este título, que ya no puede ser glorioso para vuestro nombre!

(4) ¡Ay! ¿Creeis todavía en la divina Providencia? ¿Creeis en ella y estais tranquilo? ¡Oh Rey! recordad que la desventura de muchos ha consistido en que han confundido las permisiones con las disposiciones providenciales, Dios *permite* que combatais su gloria, Dios *dispondrá* que su gloria os confunda.

(5) Quedad tranquilo sobre este último punto; la Santa Sede está asegurada sin vos y á pesar de vos.

(6) ¡Foco de agitacion las provincias pontificias, decís, ó Rey del Piamonte, cuando á la sombra de vuestro cetro han germinado todas las pasiones que mantienen ardiendo la Europa entera!

(7) ¡Y venís á evitar la efusion de sangre con los disparos de vuestra artillería, dirigidos contra hombres que han jurado defender el derecho, por los siglos y por la sociedad actual reconocido!!!

(8) Tened el valor de confesarlo; no habeis de proteger al que venís á combatir.

(9) Pues ¿á qué llama V. M. un acto hostil?

(10) ¡Con que la inviolabilidad se salva violando!!!

(11) Señor, algunas líneas antes lo habeis dudado.

(12) ¿Lo creeis y deseais evitarlo?

(13) ¡Repugnais la violencia, y os presentais con un ejército formidable!!!

«Permitame Vuestra Santidad esperar que el momento actual, tan solemne para la Italia como para la Iglesia y el Papado, hará resaltar la benevolencia, que nunca se ha apagado en vuestro corazón (1), por esta tierra que también es vuestra patria, y los sentimientos de conciliación que siempre he procurado traducir en actos, á fin de que, sin dejar de satisfacer las aspiraciones nacionales, el Jefe del Catolicismo, rodeado de la adhesión de las poblaciones italianas, conservare en las orillas del Tiber una sede gloriosa é independiente de toda soberanía humana (2).

«Librando á Roma de las tropas extranjeras y evitando el peligro constante de ser campo de batalla de partidas subversivas, Vuestra Santidad habrá realizado una obra maravillosa, devuelto la paz á la Iglesia y enseñado á Europa, impresionada por los horrores de la guerra, como se pueden ganar grandes batallas y alcanzar victorias inmortales con un acto de justicia y con una palabra cariñosa (3).

«Suplico á Vuestra Santidad que me conceda su bendición apostólica (4), y reitero á Vuestra Santidad la expresión de mi profundo respeto (5).—Victor Manuel.»

Hé aquí ahora la respuesta dada por Pío IX á la carta anterior:

«Majestad: El conde Ponza di San Martino me ha entregado una carta que V. M. ha tenido á bien dirigirme; no es digna de un hijo afectuoso que tiene á gloria profesar la fe católica y se honra con la lealtad real. No entro en los detalles de la carta misma, por no renovar el dolor que su primera lectura me ha causado. Yo bendigo á Dios, que ha permitido que V. M. colme de amargura el último período de mi vida. Por lo demás, no puedo admitir las exigencias expresadas en vuestra carta, ni asociarme á los principios que contiene. Invoco de nuevo á Dios, y pongo en sus manos mi causa, que es enteramente la suya, y le ruego que conceda á V. M. gracias abundantes, le libre de todo peligro, y tenga con V. M. la misericordia que necesita.

«En el Vaticano, el 11 de setiembre de 1870.—Pío Papa IX.»

El atentado que presagiaba la carta del Rey no se hizo esperar. Roma fue circuida por el ejército italiano, y los valientes soldados que defendían al Papa no hubieran podido resistir al empuje del ejército de una nación poderosa. Solamente se derramó la sangre precisa, para que su clamor llegara al cielo, y apresurara la vindicación de los derechos tristemente hollados.

El cardenal Antonelli dirigió á los Nuncios por orden de Su Santidad la siguiente protesta:

«Estancias del Vaticano 20 de setiembre.—Bien conocidas son á V. S. I. las violentas usurpaciones de la mayor parte de los Estados de la Iglesia, cometidas en junio de 1859 y setiembre del año sucesivo de 1860 por el Gobierno establecido en Florencia, y conoce asimismo las solemnes reclamaciones y protestas contra el sacrílego despojo hechas por Su Santidad, bien sea en alocu-

(1) ¡Oh verdad! La violencia y el conflicto promovido por V. M. han puesto mas en relieve las angélicas virtudes del corazón de este Pontífice que el mundo ama á medida que mas se le injuria y atropella.

(2) Sujeta á mi cetro, á cuya sombra yace esclava la Esposa de JESUCRISTO en Italia; con esta frase, el período quedaría perfectamente redondo.

(3) Ya se lo enseñará á V. M.—no se impaciente para verlo—hasta donde alcanza el poder de la palabra cariñosa del Pontífice, y lo que en realidad pueden los actos de justicia católica, por mas que por de pronto el criterio humano se maraville de que se invoque un *acto de justicia* del Pontífice, en vísperas de cometerse contra él la *injusticia* de una usurpación.

(4) Vaya, señor, y ¡qué hará V. M. con ella?

(5) ¡ Hombre! de tan profundo la cristiandad lo pierde de vista.

ciones pronunciadas en consistorio y despues publicadas, ó bien en notas dirigidas en su soberano nombre por el infrascrito Cardenal secretario de Estado al cuerpo diplomático, acreditado acerca de la Santa Sede.

«El Gobierno invasor no hubiera ciertamente dejado de completar el sacrilego despojo, si el Gobierno francés, sabedor de sus ambiciosos propósitos, no le hubiera contenido, tomando bajo su proteccion á Roma y su reducido territorio, sosteniendo en él una guarnicion. Pero á consecuencia de acuerdos pactados entre el Gobierno francés y el italiano, con los cuales se creia asegurar la conservacion y tranquilidad de los Estados que le quedaban á la Santa Sede, las tropas francesas se retiraron.

«Los acuerdos, sin embargo, no fueron respetados, y en setiembre del año de 1867 algunas hordas, impulsadas por manos ocultas, se echaron sobre el territorio pontificio con la perversa intencion de sorprender y ocupar á Roma. Volvieron entonces las tropas francesas, las cuales, ayudando á nuestros fieles soldados, que ya victoriosamente combatian la invasion, acabaron en los campos de Mentana de frustrar la audacia de los invasores y de desbaratar completamente sus inícuos designios.

«Habiendo, sin embargo, el Gobierno francés retirado sus tropas con motivo de la guerra declarada á Prusia, no dejó de recordar al Gobierno de Florencia los compromisos por él mismo contraidos en los mencionados acuerdos, y de obtener del propio Gobierno las mas formales seguridades sobre su observancia. Pero habiendo sido desfavorables á Francia los azares de la guerra, el Gobierno de Florencia, aprovechándose de estos reveses, en mengua de los mismos acuerdos, tomó la desleal resolucion de enviar un fuerte ejército y con este continuar el despojo de los dominios de la Santa Sede, mientras por todas partes reinaba, no obstante las apremiantes excitaciones que venian de afuera, la mas perfecta tranquilidad, y se hacian por donde quiera, y particularmente aquí, en Roma, espontáneas y continuas demostraciones de fidelidad, de adhesion y de filial amor á la augusta persona del Padre Santo.

«Antes de realizar este último acto de tan atroz injusticia, se envió á Roma al conde Ponza di San Martino, portador de una carta escrita al Padre Santo por el rey Víctor Manuel, en la cual se declaraba que no pudiendo el Gobierno de Florencia contener el ardor de las aspiraciones nacionales, ni la agitación del partido llamado de accion, se veia obligado á ocupar á Roma y el resto de su territorio.

«Puede V. S. I. imaginarse fácilmente el profundo dolor y la viva indignacion que se apoderó del ánimo del Padre Santo por tan inaudita declaracion. Firme, sin embargo, en el cumplimiento de sus sagrados deberes, y confiando plenamente en la divina Providencia, rechazó terminantemente toda proposicion, pues debia conservar intacta su soberanía, tal como le ha sido transmitida por sus predecesores.

«En presencia de este hecho, que conculca los sacrosantos principios de todo derecho, y especialmente el de gentes, consumado á la vista de toda Europa, Su Santidad ha ordenado al infrascrito Cardenal secretario de Estado, que reclame y proteste altamente, como en su augusto nombre reclama y protesta, contra el indigno y sacrilego despojo que ahora se ha cometido de los dominios de la Santa Sede, haciendo responsable al Rey y á su Gobierno de todos los daños que se originan á la Santa Sede y á los súbditos pontificios de tan violenta y sacrilega ocupacion.

«Ha ordenado además Su Santidad que se declare, como el infrascrito en su augusto nombre declara, ser tal usurpacion irrita, nula y de ningun valor, y que no puede irrogar jamás perjuicio alguno á los derechos incontrovertibles y legítimos de dominio y de posesion, como tales derechos suyos y de sus sucesores perpétuamente, y si la fuerza le impide su ejercicio, entiende y quiere Su Santidad conservarlo intacto para recobrar en su tiempo la posesion real.

«El infrascrito Cardenal, al informar á V. S. I, por órden suprema del Santo Padre, del incalificable acontecimiento y de las consiguientes protestas y reclamaciones, á fin de que pueda dar conocimiento de todo ello á su Gobierno, confia en que este tomará el interés debido en favor de la Cabeza suprema de la Iglesia católica, puesta en condiciones de no poder ejercitar su espiritual autoridad con aquella completa libertad é independencia que le es indispensable.

«Cumplida de tal manera la soberana voluntad, solo resta al infrascrito aprovechar esta nueva oportunidad para reiterar á V. S. I. los sentimientos de su mas distinguido aprecio.—*G. Antonelli.*»

Su Santidad Pio IX creyó conveniente dirigir una carta-protesta á cada uno de los cardenales de la santa Iglesia romana, y lo verificó, en efecto, con fecha 29 de setiembre. Este documento pudo llegar á manos de los eminentísimos purpurados, á pesar de la vigilancia de los Cadornas y los Masi. Por su lectura puede comprenderse de qué modo ha sabido cumplir el desdichado Víctor Manuel las promesas que hiciera al Santo Padre en la carta que mas arriba hemos insertado. Hé aquí el texto de dicho documento:

«Amado hijo nuestro, salud y bendicion apostólica.

«Nuestro Señor JESUCRISTO, que humilla y exalta, da la muerte y vuelve la vida, castiga y salva, permitió poco há que la ciudad de Roma, sede del Sumo Pontificado, cayese en manos de los enemigos, juntamente con el resto de aquella parte del dominio de la Iglesia que los mismos enemigos convinieron en dejar por algun tiempo libre de la usurpacion. Movidos por afecto de caridad paternal hácia nuestros amados hijos los cardenales de la santa Iglesia romana, y mirando en ellos los cooperadores de nuestro supremo apostolado, hemos determinado hoy, en nuestra afliccion y pena, declararles, como es nuestro deber y lo pide la voz de nuestra conciencia, los íntimos sentimientos de nuestro ánimo, con los cuales abierta y públicamente detestamos y reprobamos el presente estado de cosas.

«Nos, que aunque indigna é inmerecidamente ejercemos en la tierra la potestad de Vicario del Señor JESUCRISTO, y somos Pastor de toda la Iglesia, vemos ahora que nos falta aquella libertad que nos es absolutamente necesaria para regir la misma Iglesia de Dios y sostener sus derechos, y juzgamos que es nuestro deber hacer esta protesta, teniendo intencion de que se imprima, para que, como es necesario, sea conocida de todo el universo católico.

«Y cuando declaramos que se nos ha quitado y arrebatado esta libertad, nuestros enemigos no pueden responder que esta declaracion y queja no son fundadas; porque no hay persona de recto sentido que no vea y confiese que, habiéndonos quitado aquella supremacía y libre potestad que, en virtud de nuestro principado, teníamos sobre los correos y todas las comunicaciones públicas, y no pudiéndonos fiar del Gobierno que se arrogó la misma potestad, nos hallamos, por el hecho mismo, privados de la libre y expedita comu-

nicacion, y de la facultad de tratar de aquellos asuntos que necesariamente debe tratar y resolver el Vicario de JESUCRISTO, Padre comun de los fieles, y al cual recurren los hijos de todo el mundo.

«Esta observacion se halla confirmada por hechos recientes, pues hace algunos dias que las personas que salian de los límites de nuestro domicilio del Vaticano fueron sujetas á registros, que efectuaron los soldados del nuevo Gobierno, para ver si guardaban alguna cosa en el vestido. Se reclamó contra este acto, y se respondió con la excusa de una supuesta equivocacion; mas ¿quién no sabe que pueden renovarse estas equivocaciones y nacer otras semejantes?»

«Además, hay un gravísimo daño á la instruccion pública en esta ciudad, porque no está lejano el dia en que se reanudará el curso de los estudios en la universidad romana; y este lugar, ilustre por el concurso de cerca de mil doscientos jóvenes, ejemplo hasta ahora de tranquilidad y de orden, único refugio de tantos cristianos y honrados padres que enviaban á instruirse en él á sus hijos, sin peligro de que se corrompieran; este lugar, ya por las falsas y erróneas doctrinas que se enseñarán en él, ya por la malevolencia de los que serán elegidos para enseñarlas, caerá en un estado, que se comprende será muy distinto del que tenia.

«Por otra parte, se declaró que las leyes vigentes en la ciudad, permanecerán íntegras é invioladas, aun despues de la ocupacion; pero, anulando estas declaraciones, se toman por fuerza y se examinan los registros de las mismas parroquias de la ciudad; y es claro que esto se hace para obtener noticias que acaso sirvan para las listas de conscripcion militar y otros fines que es fácil adivinar. Á esto se añade que los ultrajes é injurias que nacen de la ira y del deseo de venganza quedan impunes, y la misma impunidad tuvieron las afrentas y atropellos de que, con dolor de todas las personas honradas, fueron víctimas nuestros fieles soldados, altamente beneméritos de la Religion y de la sociedad.

«Finalmente: las órdenes y decretos poco ha publicados respecto á los bienes de la Iglesia, bien claro muestran á donde tienden los designios de los usurpadores.

«Contra todas estas cosas ya ejecutadas, y contra las peores que seguirán, queremos protestar con nuestra suprema autoridad, y protestamos ahora con esta nuestra carta, con la cual, á tí amado hijo nuestro, y á cada uno de los cardenales de la santa Iglesia romana, acompañamos una breve exposicion de lo sucedido, reservándonos hablar mas extensamente en otra ocasion...

«Dado en Roma junto á San Pedro, el 29 de setiembre, fiesta del Arcángel San Miguel. De nuestro Pontificado año vigésimo quinto. — Pro PP. IX.»

Á esto siguió la bula de suspension del Concilio que insertamos en el capítulo anterior.

El acto de la suspension del Concilio no fue del agrado del Gobierno italiano, pues que le convenia demostrar al mundo que el Papa estaba completamente libre y que podia ejercer desembarazadamente las funciones de su ministerio bajo un cetro extranjero, porque como dijimos en la Historia del Concilio, extranjero es todo cetro que pretende brillar sobre el solio Pontificio. Así, pues, el ministro de Negocios extranjeros de Italia pasó á sus representantes la siguiente circular:

«Florenca 22 de octubre de 1870. — Habrá V. sabido por el telégrafo que

las sesiones del Concilio han sido indefinidamente suspendidas. En la bula apostólica, por la cual se ha dado á la cristiandad conocimiento de esta determinacion de Su Santidad, se alega como razon de la suspension la falta de libertad que habria tenido que sufrir el Concilio, á causa del nuevo orden de cosas establecido en Roma.

«Respetando en sí misma la decision del Padre Santo, es mi deber declarar que nada justifica los temores expresados en la bula pontificia. Es notorio y evidente que el Padre Santo tiene perfecta libertad de reunir el Concilio en San Pedro, ó en cualquiera otra basílica ó iglesia de Roma ó de Italia que á Su Santidad le plazca elegir. Tenemos sobrado respeto á los dignatarios de la Iglesia que componen el Concilio para creer que consideraciones políticas puedan tener influencia alguna en sus determinaciones. No admitimos, pues, la posibilidad de ejercer influencia sobre tan augusta Asamblea, y creemos que seria hacer poca justicia al valor y á la dignidad de sus individuos el suponer que un poder político pudiese amenguar su libertad.

«Recibid la seguridad de mi distinguida consideracion. — Visconti Venosti.»

En los diez y ocho meses, que cuando estas líneas escribimos lleva de duracion la dominacion en Roma de Víctor Manuel, el mundo ha podido ver la falsedad de la promesa de aquel monarca de hacer respetar el ejercicio de la potestad espiritual del Sumo Pontífice, que vive encerrado en el Vaticano, por no exponerse á ver ultrajada su dignidad en su propia capital.

Á pesar de las vejaciones materiales de que es blanco el Soberano Pontífice, ¿quién duda que es cien veces preferible á la del aparente vencedor? Verdad es que Víctor Manuel se halla en el Capitolio; empero el Capitolio no es el término del viaje. Fáltale todavía dar un paso, y á darlo le empuja el vapor que dilata el fuego por su misma mano encendido, por su mismo soplo atizado. Hoy está en el Capitolio, mañana puede estar en el abismo de la roca tarpeya.

Al resplandor de las iluminaciones oficiales del usurpado Quirinal, el Rey de Cerdeña puede leer una página escrita por Voltaire en la que se rinde imparcial homenaje á la grandeza de esa Roma pontificia que la intrusa Corte desdeña, y en que se anuncia como por boca de oráculo que en ella jamás los emperadores podrán permanecer.

Hé ahí el diálogo que Voltaire puso en labios de los interlocutores Marco Aurelio y Fr. Fulgencio.

«*Marco Aurelio*: En fin, creo conocer el lugar en que me encuentro. Ahí está por cierto el Capitolio; esta basílica es el templo; aquel hombre es sin duda sacerdote de Júpiter... amigo, escuchad una palabra.

«*El Recoleta*: ¡Yo sacerdote de Júpiter!... muy extranjero debe ser quien llame así á Fr. Fulgencio, el recoleta, habitante del Capitolio, confesor de la Duquesa de Pepoli, y que varias veces es admitido á conversacion con el Papa.

«*M. Aurelio*: ¡Fr. Fulgencio en el Capitolio!... Las cosas habrán sufrido algun cambio... No comprendo este lenguaje... ¿será que ya no esté aquí el templo de Júpiter?

«*Fr. Fulgencio*: Retiraos, buen hombre, delirais; decidme si os place, ¿quién sois vos que apareceis aquí con anticuado vestido y reducida barba? ¿de dónde venís? ¿qué se os ofrece?

«*M. Aurelio* : Mi vestido es el de cada día, yo he vuelto para ver á Roma, soy Marco Aurelio.

«*Fr. Fulgencio* : ¿Marco Aurelio? he oido hablar muchas veces de un nombre semejante al vuestro; si mal no me acuerdo existió un emperador pagano que se llamó así.

«*M. Aurelio* : Soy yo mismo; yo he querido ver esta Roma que tanto me amaba y á la cual tanto amé; este Capitolio en el que triunfé desdeñando los triunfos; esta tierra que hice bienaventurada; mas no la reconozco ya. He visto la columna erigida en mi memoria, pero no he encontrado la estatua del sábio Antonino, mi padre. ¡Otra variacion!

«*Fr. Fulgencio* : Yo lo creo: Sixto V la reedificó, mas él la coronó con la estatua de otro que valia mas que vos y que vuestro padre.

«*M. Aurelio* : Siempre he creido ser fácil poder encontrar á alguien mejor que yo, pero difícil es haya quien valga mas que mi padre. Quizá me ilusiona mi piedad, el hombre está sujeto al engaño.

«*Fr. Fulgencio* : Yo lo creo. Ahora voy recordándolo. ¿No sois vos el perseguidor de tantos pueblos que debíais proteger y que os habian procurado lo indispensable para vencer al enemigo?

«*M. Aurelio* : ¡Cómo! yo estuve bien distante de perseguir á nadie... mas decidmelo, os lo suplico, ¿dónde está el palacio de mi sucesor? ¿Está todavía levantado sobre el monte Palatino? Os lo pregunto porque en verdad no conozco á mi país.

«*Fr. Fulgencio* : Lo supongo, como quiera que nosotros lo hemos perfeccionado todo; si os place os acompañaré al Montecavallo, y podréis besar allí los piés del Santo Padre.

«*M. Aurelio* : Hablad sin rodeos, ¿es que ya no existen los emperadores? ¿por ventura ya no hay imperio?

«*Fr. Fulgencio* : En efecto, existe un emperador y un imperio; mas aquel reside á cuatrocientas leguas de aquí, en una pequeña ciudad construida sobre el Danubio que se llama Viena; os aconsejo dispenseis una visita á vuestros sucesores.

«*M. Aurelio* : ¡El imperio romano encerrado en una ciudad del Danubio! no me sorprende, concibo que durante seiscientos años las cosas del mundo deben haber cambiado; ¡me gustaria ver un emperador romano, cimbrío ó teutónico!

«*Fr. Fulgencio* : Cuando os plazca podréis saborear este gusto, y aun mayores. ¿Qué diríais si supiéseis que los escitas poseen la mitad de vuestro imperio, y que la otra mitad nos pertenece; que el Soberano de Roma es un cura como yo; que Fr. Fulgencio puede ser soberano de Roma; que yo podré derramar mis bendiciones en el mismo lugar en que vos arrastrábais al lado de vuestra carroza los reyes vencidos; y que vuestro sucesor del Danubio no es aun propietario absoluto de su ciudad?

«*M. Aurelio* : ¡Vos me anunciáis cosas increíbles! Roma, la capital del mundo, ¿es infeliz?

«*Fr. Fulgencio* : ¡Infeliz! decís. No, no, al contrario; la paz impera en ella, las bellas artes florecen. Los ancianos señores del mundo ignoraron nuestros principios en los cuales se instruyen los mas sublimes sábios. En vez de enviar colonias á la Inglaterra, nosotros le enviamos maestros de moral. Es verdad; se agotó la raza de los Scipiones, no nos entretenemos en destruir á

Cartago, pero en cambio finió la era de la proscripcion. Hemos transformado la gloria en virtud y el triunfo en luz.

«*M. Aurelio* : Durante mi vida creí una mancha ser filósofo... pero, por lo que acabais de decir, supongo que Fr. Fulgencio es mas filósofo que yo.

«*Fr. Fulgencio* : Parece que os duele mi gloria y que os pesa la revolucion progresista introducida en vuestro imperio...

«*M. Aurelio* : No, adoro los decretos eternos, sé que no hay necesidad de murmurar contra el destino, admiro las vicisitudes de las cosas humanas.

«*Fr. Fulgencio* : Pero admirad sobre todo al que dispuso que yo estuviese aquí, y que los emperadores no pudieran estar jamás.»

Sí, léalo repetidas veces Víctor Manuel; Fr. Fulgencio de Voltaire se lo ha dicho: *Los emperadores no podrán jamás estar aquí.*

Apartemos las miradas del repugnante espectáculo de la invasion inícuca y fijémoslas en el Pontífice protegido del cielo. Mientras los impíos, llena de hiel la copa, derramábanla gota á gota sobre el corazon del Soberano mas bondadoso, el Ángel de la celestial guarda, la dispensa completa al gran justo, y convirtiendo sus alas en augusto trono, le conduce como en triunfo por un camino sembrado de abrojos y espinas, sin permitir que hieran sus piés hermosísimos, porque son los del Soberano evangelizador, las punzantes piedras á su paso levantadas.

Dos grandes aniversarios ha tenido la fortuna de celebrar Pro IX; el semi-secular de la celebracion de su primera misa y el vigésimoquinto de su exaltacion á la Cátedra de Pedro.

Muy de antemano la cristiandad se propuso celebrar el primero de ambos aniversarios.

Los católicos belgas fueron los que tomaron con mas ardor la iniciativa del movimiento. Á principios de febrero redactaron una sentida exposicion que fue cubierta luego de millares de firmas. Hé ahí su traduccion:

«Beatísimo Padre, penetrados de la mas profunda alegría, los católicos belgas vienen á tomar parte en la universal alegría, y á ofrecer á Vuestra Santidad sus felicitaciones y sus votos con ocasion de vuestro jubileo sacerdotal.

«Bendito sea el dia en el que la uncion santa, medio siglo hace, vino á consagrar esa frente que debia llevar la tiara y esas manos que debian derramar al mundo tantos y tan inapreciables beneficios, desde la proclamacion del dogma de la Concepcion Inmaculada, hasta la convocacion del Concilio ecuménico, objeto de nuestras mas caras esperanzas.

«El decurso del tiempo y la sucesion de la sagrada liturgia, Beatísimo Padre, han venido á ponerse de acuerdo para expresar nuestros sentimientos. La fiesta de Pro IX es tambien la de su divino modelo, y la misa aniversario que Vuestra Santidad celebrará el dia 11 de abril es la del *buen Pastor*.

«Sucesor de Pedro, á Vos, que apacentais los corderos y las ovejas, Pastor de pastores, complácese la Iglesia en pagaros amor por amor. Vos conoceis vuestro rebaño, Vos sosteneis nuestro ánimo, Vos vendais nuestras heridas, sois nuestro jefe y nuestro guia; empero en cambio el rebaño os conoce, filial es el cariño que os profesamos, creemos con firmeza lo que Vos creéis, y vuestros infalibles juicios los aceptamos como los del mismo Dios.

«El 11 de abril será dia venturoso para todos los católicos belgas. Llenaránse nuestras iglesias y un rayo de gozo puro alumbrará hasta las mas modestas cabañas. Rogarémos con el Papa y por el Papa.

«Y luego, asociándonos, á pesar de la distancia, á la Capital del mundo cristiano, irémos en espíritu á prosternarnos al pié de ese trono que nuestros hijos tienen la gloria de defender y el honor de conservar; vendrémos á renovar al Rey el homenaje de nuestra admiracion, al Pontífice el de nuestra fe, al Padre el de nuestra veneracion y nuestro amor.

«Ó Rey de reyes, protegéd esta corona que en la frente de los Papas brilla como el símbolo supremo del honor y de la justicia; preservadla de las ambiciones que la asechan, devolvedle los florones que ha perdido.

«Ó CRISTO, pontífice eterno, sed la luz y la fuerza de Aquel que habeis elegido para ser vuestro Vicario, de Aquel cuya autoridad soberana confirmará los decretos de sus hermanos reunidos para librar al error uno de aquellos combates que le aterran.

«Ó Padre que estais en los cielos, bendecid al Padre de nuestras almas que nos prodiga sus bendiciones; consolad su corazon en tantas amarguras sumido; dadle la victoria sobre sus enemigos, que son tambien los vuestros, y despues de haber sido su apoyo durante un largo reinado, sed su recompensa en el reino perpétuo.

«Tales son, Beatísimo Padre, los votos cuya expresion los católicos belgas á vuestras plantas prosternados os suplican acepteis. Dignaos bendecirnos, y bendecir á esta Bélgica, tan querida á nuestros corazones, y obtener para ella la inapreciable gracia de permanecer fiel al Vicario de JESUCRISTO. Esta fidelidad fue el honor de nuestros padres, y es hoy nuestro mas precioso tesoro. ¡Pueda la bendicion de Pio IX conservarla íntegra á nuestros hijos!»

En idéntico sentido se redactaron y firmaron exposiciones de felicitacion y adhesion en todos los países del orbe.

Entre los mas fervientes hijos de la Iglesia se estableció una especie de emulacion santa sobre quien expresaria con mas cariño el amor y el entusiasmo al gran Padre de familia.

La *Unidad católica* de Roma decia en marzo de aquel año: «Reconocemos la importancia de dos proposiciones que, entre muchas, nos han sido dirigidas para la celebracion del aniversario semisecular del sacerdocio de Pio IX.

«La primera es que supliquemos al Padre Santo se digne abrir el tesoro de las indulgencias á los fieles que confesados y comulgados asistan á la santa misa el día 11 de abril.

«La segunda es de informarnos á qué hora el Padre Santo celebrará en aquel día la santa misa, á fin de que un gran número de fieles puedan unirse en el sacratísimo corazon de Jesús.»

La redaccion de la *Unidad católica* elevó estos deseos á Su Santidad por medio del cardenal José Berardi, el que, despues de haber recibido de ella las órdenes convenientes, remitió al director de aquel periódico la siguiente comunicacion :

«Roma 11 de marzo de 1869.—Muy de buen grado sometí al Padre Santo el piadoso deseo que me expresábais en vuestra carta del 6 de los corrientes. Informado Su Santidad de vuestros propósitos, los ha aprobado y aplaudido, considerando que las oraciones unidas suben mas eficazmente al trono del Altísimo.

«Por esto ha ordenado se expida un breve para el universo católico, por el que se conceda indulgencia plenaria en el sentido solicitado, con la condicion de que se ruegue por la conversion de los pecadores, por la propagacion de la fe y por el triunfo de la Iglesia.

«Para satisfacer al piadoso pensamiento que me habeis manifestado, os digo que el Padre Santo, como él mismo se ha dignado indicarme, el día 11 de abril celebrará su misa de siete á ocho de la mañana; por mi cuenta añado yo que su costumbre cotidiana es celebrarla sobre las seis y media. Con esta ocasion me repito, etc., etc.»

No se hizo esperar el cumplimiento de la promesa hecha por el Papa al cardenal Berardi. Hé ahí el breve que abrió los tesoros espirituales á los fieles que se asociaran al católico regocijo de la prolongacion de los dias de Pio IX :

«Pio Papa IX : á todos los fieles de CRISTO que conocieren estas letras salud y bendicion apostólica.

«Difícilmente podíamos esperar que al través de nuestras grandes y crueles fatigas nos concediera el Altísimo dias bastantes para celebrar solemnemente el quincuagésimo aniversario del dia en que recibimos el orden sacerdotal, lo que acontecerá, si á Dios place, el dia 11 del próximo abril. Esta gracia que llena de alegría nuestra alma ha dado á los fieles una nueva ocasion de manifestar su piedad y de atestiguarnos su amor. Al dirigirnos con ahinco sus felicitaciones por tan feliz suceso nos han humildemente suplicado uniéramos al regocijo de aquel dia el gozo del bien espiritual, y que nos dignáramos abrir en su favor los tesoros celestiales de la Iglesia, cuya dispensacion Dios nos ha concedido.

«Queriendo corresponder de lo íntimo de nuestro corazon á estos piadosos deseos del mundo católico, seguros de la misericordia de Dios todopoderoso y de la autoridad de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remision de todos los pecados á los fieles de uno y otro sexo que el dia 11 de abril del presente año asistan al santo sacrificio de la misa en cualquiera iglesia ú oratorio, verdaderamente arrepentidos, habiendo confesado y comulgado, con tal que dirijan á Dios piadosas súplicas para la conversion de los pecadores, la propagacion de la fe, la paz y el triunfo de la Iglesia romana.

«Esta indulgencia será aplicable por via de sufragio á las almas de los fieles que dejaron el mundo unidos á Dios en la caridad...»

Este breve fue expedido el 16 de marzo de 1869, que era el vigésimotercio del pontificado de Pio IX.

La Alemania sacudió su habitual lentitud para expresar con inusitado ardor el ferviente entusiasmo por Pio IX. Los estudiantes de las principales universidades germánicas trataron de distinguirse en las manifestaciones de fidelidad al Pontificado. Las universidades ó facultades de Bonn, Berlin, Breslau, Göttingen, Graifswalch, Braunsberg, Paderborn, Luxemburgo, Maguncia, Munster, Wurtzburgo, Hildesheim, Tübingen, Friburgo, Viena, Bamberg, Freisingen, Dillingen, Fulda, Munich, Inspruck, Spira, Eichstedt, Ratisbona y Brixen enviaron numerosas adhesiones á la especie de Consejo central que se estableció para imprimir unidad al pensamiento.

El arzobispo de Colonia, observando el inesperado movimiento á que dió impulso la idea de la celebracion del sacerdocio de Pio IX, exclamaba en uno de sus escritos pastorales: «¡Jamás Papa alguno entró en relaciones tan íntimas con todos los fieles del mundo!» y esta es la incontestable verdad.

En Francfort se estableció la oficina, digámoslo así, de recepcion de firmas y de donativos de los católicos de Rottemburgo, Wurtzburgo y Dresde. El pintor Steinle, una notabilidad artistica religiosa de la Alemania, exornó con

filosóficos y poéticos rasgos los cuadernos que contenian las adhesiones y el catálogo de las ofrendas.

En la portada trazó en grandes iniciales esta inscripcion dedicatoria: Pro IX, *Sacerdoti Jubilario*, volando sobre la auréola de san Bonifacio, primer apóstol de la Alemania, que sostiene con una mano el libro del Evangelio traspasado con una cuchilla, señalando con la otra la gloriosa dedicatoria. De la silla de san Bonifacio parte un árbol, en cuyas hojas se hallan escritos los nombres de las diócesis no austríacas adheridas á aquella exposicion. La inicial *P* está formada por un grupo que representa la ordenacion sacerdotal de Pio.

En muchas páginas de aquel voluminoso cuaderno la mano maestra del inspirado pintor desarrolló apropiados símbolos.

En la cubierta posterior, que es de oro, se escribieron las siguientes palabras:

QUOD FLUIT EX AGNO CHRISTO VOLVENTIBUS ANNIS, QUINOS TU OVIBUS DISTRIBUISTI DECEM.

El todo es de estilo gótico del siglo XIII.

Colonia envió un admirable cuadro representando su Catedral, debido al pincel del profesor Conrado de Dusseldorff; aquella obra maestra lleva en el marco esta inscripcion: *Sanctissimo Patri Pio IX, Summo Pontifici, per decem lustra sacerdoti grato pioque animo fideles filii diócesis et civitatis Sanctæ Coloniensis Romanæ Ecclesiæ fidelis filia.*

La sociedad de jóvenes comerciantes de Aix-la-Chapelle, Friburgo, Coblenza, Maguncia, Munster y Paderbon enviaron por mano de su representante, Mr. Heeremann, magníficos y significativos presentes.

La asociacion de las señoras del Bajo Rhin envió una ofrenda de 20,000 frs.

Las adhesiones nominales fueron considerables en todas las diócesis de Alemania (1).

En vista de aquel inesperado entusiasmo, escribia con mucha oportunidad un periódico de París: «Ved lo que acontece en el año de gracia de 1869 en un país donde cien años atrás los obispos firmaban las puntuaciones de Ems. Entonces el Episcopado participaba de las doctrinas josefistas; las poblaciones, viendo la abominacion de la desolacion en el santuario, se mantenian pasivas, como presintiendo las ruinas que iban á amontonarse... Hoy no es así, los obispos llaman á los pueblos al sendero de la verdad; cuantos han hablado lo han hecho en el sentido de la mas completa docilidad al Papa docente.»

La Alemania no se contentó con enviar firmas y dinero al Padre Santo; quiso perpetuar la memoria del fausto acontecimiento fundando algunas obras de carácter religioso y benéfico.

En Berlin, la capilla Pia; en Greifswalde, un templo construido á expensas de los estudiantes; en Niederrd, una iglesia á expensas de la poblacion católica de Francfort; el campanario *Pio* en Postdam; la iglesia de Randers en Jutland; la mision de Clanskal, á cargo de la ciudad de Neuss; la de Wollmirstadt aceptada por el clero de Hohenzollern; la de Zappendorf, para la cual

(1) Tenemos á la vista la suma de los firmantes de algunas de ellas, que es como sigue: Diócesis Paderborn, 117,000 frs.—La de Munster, 112,000.—La de Breslau, 120,000.—La de Rotemburgo, 60,000.—La de Ratisbona, 60,000.—La de Wurtzburgo, 56,000.—La de Ermeland, 96,000.—La de Culm, 5,000.—La de Munich, 35,000.—La de Bamberg, 30,000.—La de Passau, 32,000.—La de Fulda, 17,000.—La de Spira, 25,000.—La de Eichstedt, 18,000.—La de Limburgo, 30,000.—La de Osna-bruck, 32,000.—La de Maguncia, 28,000.—La de Luxemburgo, 33,000.—La de Hildesheim, 13,000.—La de Dresde, 3,000.

un particular dió en honor de Pio IX 22,800 francos. Hé ahí las obras religiosas con que varias ciudades alemanas han enriquecido á la Iglesia católica en justo agradecimiento al favor de la Providencia obtenido.

La Inglaterra se unió á la manifestacion del mundo católico. Varios hijos de Albion regalaron á Su Santidad un pupitre de oro sembrado de diamantes y un misal de inapreciable valor.

El clero de Inglaterra y de Escocia elevó á Su Santidad una sentida exposicion, al propio tiempo que le envió como testimonio de cariño una medalla de oro, del precio de 500 libras esterlinas, ó sean 12,500 francos.

Una sola lista de suscripcion, la del *Tablet*, consignaba para el *Padre Santo* la cantidad de 30,000 francos.

Tan espléndida puede mostrarse ya la fe en el mismo baluarte del protestantismo.

La universidad de Dublin envió á Roma una comision de su claustro para deponer en el mismo dia aniversario la siguiente exposicion en manos de Su Santidad.

«Beatísimo Padre: los infrascritos rectores, catedráticos, superiores, examinadores, oradores y alumnos de esta universidad católica, que se gloria de contaros como á su autor y fundador, prosternados á vuestras plantas, empezamos ante todo á remitir á Dios humildes acciones de gracias de haberos conservado sano y salvo durante tantos años en el gobierno y direccion de la Iglesia; felicitándoos luego, Padre Santísimo, de haber felizmente completado hoy el quincuagésimo aniversario de vuestro sacerdocio.

«Tócanos á los que suscriben, mas que á otros, acércarnos á Vos con júbilo, pues solo por la iniciativa tomada por Vuestra Santidad, y expresada en apostólicas letras, los obispos de nuestra Irlanda, que permanece firme en la fe católica al través de mil peligros, fundaron, venciendo graves dificultades, esta universidad que continúan sosteniendo y favoreciendo.

«Cási todas las universidades mas célebres que existen en las diversas regiones de Europa fueron fundadas por los augustos sucesores de Pedro, ó á lo menos por ellos con notables privilegios enriquecidas. Así la Sede apostólica siempre se ha manifestado protectora y propagadora de la ciencia y de la verdadera doctrina.

«Hasta los escritores paganos, cuyos libros leemos en nuestras asignaturas de filosofía y letras, enseñan el deber que á los jóvenes incumbe de venerar las canas respetables. Nosotros, como nuestros padres, no hemos cesado jamás de honrar la sagrada dignidad del sacerdocio.

«No obstante, Beatísimo Padre, no solo reconocemos en Vos al hombre venerable por sus canas y al Sacerdote sumo, sino tambien á un Rey que reina por insigne favor de la Providencia, y al Vicario augusto de JESUCRISTO en la tierra. Por esto, lleno el corazon del mas puro sentimiento religioso, saludamos en Vos al Rey del mas antiguo de los Estados europeos, y empleando las expresiones de nuestro santo Columbano: «Saludamos en Vos la cabeza de «todas las iglesias del universo, el pastor de los pastores, el maestro y piloto de la nave espiritual, que es la Iglesia de Dios.»

«Y como no solo los Padres venerables de nuestra fe, sino nuestras humildes vírgenes, y sobre todo la vírgen Brígida, patrona de la Irlanda, acostumbraron enviar sus dones al altar de Pedro; nosotros, á imitacion de aquellas vírgenes y de aquellos Padres, deseamos deponer nuestras modestas

ofrendas á los piés de Pedro, príncipe de los Apóstoles. ¡Sirva esta carta y los dones que la acompañan de testimonio vivo de nuestra adhesión á vuestra persona y á esa apóstolica Silla!

«Todos los dias rogamos á Dios que esta universidad católica recientemente por Vos fundada no se aparte jamás, ni en los mas pequeños detalles, de la verdadera fe y de la obediencia á la cátedra que la sirve de columna.

«En fin, pedimos humildemente y con insistencia la bendición apostólica de Vuestra Santidad, que será para nosotros y para nuestra universidad manantial inagotable de bienes.

«Dublin, universidad católica, el III de los idus de abril de 1869.»

No es fácil describir los preparativos de la Francia para celebrar de una manera digna de la nación primogénita de la Iglesia el plausible acontecimiento.

Todas las diócesis, aun las mas pobres, se esmeraron en mostrarse dadivosas para con el Padre Santo (1).

Los objetos preciosos regalados á Su Santidad de todas las naciones precedentes fueron tantos, que se determinó formar con ellos una riquísima exposición, redactándose como guía un curioso catálogo con el título de: *Nota degli oggetti preziosi, arredi sacri, quadri, etc., donati á S. S. Pio papa IX per l' XI aprile MDCCCLXIX, anniversario del suo sacerdocio.*

Aquellas dádivas remitidas por el amor mas puro fueron exhibidas en la nueva logia titulada *Pia* del Vaticano, decorada con pinturas y estatuaría por Montovani, Consoni y Galli.

Además de objetos notables de hierro, bronce y madera, contáronse en aquella exposicion ciento diez y seis piezas de extraordinario valor, entre ellas doce cálices, relicarios magníficos, estatuas de plata, grupos de bronce, candelabros, cuadros, vasos de porcelana, vajillas, vestiduras sacerdotales, crucifijos, libros, exposiciones encuadradas con pedrería y oro, etc.

El espectáculo que en aquellos dias Roma presentaba dictó á Mons. Aniviti las consideraciones que por su oportunidad trasladamos aquí:

«Cada uno de los acontecimientos extraordinarios que han caracterizado el pontificado de Pio IX ha dado lugar á magníficas fiestas en el mundo entero; despues del entusiasmo excitado por su exaltacion al trono, cuya explosion duró casi un año, regocijó á los fieles por su glorioso regreso de Gaeta. Ro-

(1) Muy edificante es la lectura de la siguiente lista de periódicos diocesanos en que se expresan las cantidades que consagraron á la gloria y provecho del venerable Pastor de las almas.

La Semana religiosa de Cambrai, 90,000 fr.—*La Semana religiosa* de Angers, 33,224.—*La Semana católica* de Tolosa, 19,895.—*La Crónica religiosa* de Dijon, 20,348.—*La Semana religiosa* de Tours, 10,229.—*La Semana del Ael* de Mans, 13,404.—*La Esperanza* de Nancy, 14,370.—*El Boletín religioso* de Reims, 6,968.—*La Semana religiosa* de Ruan, 19,860.—*El Boletín religioso* de Versailles, 4,820.—*La Semana religiosa* de Frejus, 13,945.—*La Semana religiosa* de Arras, 7,870.—*La Semana litúrgica* de Poitiers, 8,537.—*La Fe picarda* de Noyon, 5,283.—*La Revista católica* de Castres, 4,615.—*La Semana religiosa* de Limoges, 8,764.—*La Semana religiosa* de Cambrai, 47,000.—*La Semana litúrgica* de Marsella, 22,434.—*La Semana religiosa* de Nimes, 16,134.—*La Semana católica* de Seez, 6,692.—*La Guia* de Burdeos, 10,696.—*La Mujer piadosa* de Blois, 3714.—*La Revista religiosa* de Rodez, 8,000.—*El Boletín* de la diócesis de la Rochelle, 5,609.—*La Semana religiosa* de Nevers, 4,024.—*La Semana religiosa* de Angulema, 3,358.—*La Semana religiosa* de Sens, 2,905.—*La Union saboyarda* de Ancey, 2,500.—*La Semana católica* de Autum, 4,227.—*La Semana religiosa* de Rennes, 9,500.—*La Semana campesina* de Chalons, 2,966.—*La Semana religiosa* de Carcazona, 3,827.

Además de estas sumas deben tenerse en cuenta las de las diócesis que aquí no vienen continuadas, así como las de los grandes centros industriales y mercantiles. Así, por ejemplo, *L'Univers* de París pudo deponer en manos de Su Santidad una suma muy aproximada á ¡300,000 francos!!!

deado de un gran número de obispos de toda la cristiandad, define el dogma de la Inmaculada Concepcion. Es salvado por el Todopoderoso el mismo dia aniversario de su reinstalacion en el trono, cuando el hundimiento de Santa Inés, y una fiesta conmemorativa de aquel prodigio fue establecida. Emprende un largo viaje por sus Estados, que es un prolongado triunfo, desmintiendo de antemano todas las calumnias que presto inventará la revolucion para invadir sus provincias, y su regreso á Roma es señal de conmovedoras ovaciones. Llama á Roma por segunda vez al Episcopado para asistir á la canonizacion de los Mártires japoneses. Invita de nuevo á los obispos, que de todas partes acuden, para asistir á otra canonizacion así como al centenario de san Pedro, y hoy, antes de la reunion del Concilio ecuménico convocado para el próximo 8 de diciembre, da ocasion á una nueva fiesta cumpliendo sus bodas de oro.

«Á decir verdad, la historia eclesiástica no nos recuerda ninguna otra solemnidad de esta clase. Muchos Pontífices fueron elevados al trono siendo aun diáconos; para estos no podia ser cuestion la celebracion de esta fiesta: otros, y son la mayoría, eran ya sacerdotes ú obispos, empero no tuvieron la rara fortuna de Pio IX. Algunos, en fin, ha habido que tuvieron tamaña dicha; empero la disfrutaron en silencio, sin que en ella se interesara el mundo y la historia, ¿cuáles son aquellos Pontífices venturosos? Para saberlo es preciso conocer la fecha de su ordenacion, fecha que respecto de muchos Pontífices es ignorada. De todos modos nos es dado afirmar que antes del concilio de Trento pocos Papas pudieron celebrar las *bodas de oro*. En los tiempos anteriores á aquel Concilio el sacerdocio no se conferia antes de los treinta años cumplidos (1).»

El dia 11 de abril Roma presentaba la fisonomía de una verdadera ciudad nupcial. Desde la aurora veíanse las calles inundadas de fieles que se dirigian á la piscina de salud y al banquete de los Ángeles. La basilica de San Pedro era la mas favorecida. Á las siete y media el Padre Santo se presentó en ella para celebrar el incruento sacrificio. Medio siglo hacia que por primera vez lo celebraba entre los pobres albergados en *Tata Giovanni*: ¿quién hubiera podido descorrer el velo de los tiempos y mostrar el lejano porvenir? Los príncipes que se encontraban en Roma, el cuerpo diplomático, las notabilidades científicas, artísticas y sociales del mundo asistieron á la misa papal.

Al regresar al sacro palacio Pio IX recibió además de las felicitaciones personales del rey y de la reina de Nápoles, de los príncipes de la casa de Borbon, del príncipe de Mónaco y del duque Roberto I, que se hallaba en Roma, cartas autógrafas de los emperadores de Francia, de Austria, de Rusia, de Turquía, del Brasil, de la emperatriz de Méjico, de los reyes de Prusia, de Baviera, de Bélgica, de Portugal, de Wurtemberg, de Sajonia, de Holanda, de Hannover; de las reinas de Inglaterra y de España; de los grandes duques de Baden, de Toscana, de Mecklemburgo-Strelitz; del poder ejecutivo de Madrid, y de los presidentes de muchas repúblicas americanas.

Á la mañana siguiente Su Santidad se trasladó á la iglesia de *Santa Ana*

(1) Como quiera que sea, hé ahí los nombres de algunos de los Soberanos Pontífices que, de positivo unos y solo probablemente otros, celebraron el medio siglo sacerdotal.

Juan XXII; Gregorio XII; Calixto III; Paulo III; Paulo IV; Inocencio X; Clemente X; Inocencio XII; Benito XIV; Pio VI; Pio VII; Gregorio XVI.

de *Falegrami* contigua al hospicio de *Tata Giovanni*. En toda la carrera Pio IX fue calurosamente aclamado; los aires se poblaron del eco de esta palabra: *Ad multos annos*. Despues de oír misa en aquella modesta iglesia, donde cincuenta años antes por primera vez subió al altar, se trasladó en medio de los sucesores de aquellos pobres, que recibieron las primicias de la caridad sacerdotal del hoy bendecido Pontífice. No es posible describir la escena conmovedora que pasó en aquel santuario de la misericordia.

Por la tarde, segun costumbre, Su Santidad visitó el convento de Santa Inés para celebrar el aniversario de su prodigiosa salvacion, cuando el hundimiento de una parte de aquel edificio.

Pio IX puso la corona á las bendiciones otórgadas á sus súbditos, concediendo una amnistía de las dos terceras partes de las penas á que estaban condenados algunos. En una de las recepciones celebradas en aquel día Pio IX exclamó: «¡Oh mi Dios, habed piedad de mí! quizá sea excesiva la «felicidad que siento. Temo que cuando á no tardar me presentaré ante «vuestra justicia Vos me digais: recibiste en la tierra el premio de tus sudores. ¡Oh Señor, sea á Vos consagrado todo el amor de la cristiandad!» Estas palabras son las de un Santo.

Las capitales de las diferentes naciones rivalizaron en entusiasmo. París dió testimonio de abrigar una sociedad creyente y fervorosa. La principal manifestacion de la fe de los parisienses tuvo lugar en San Sulpicio. Allí la escultura, la pintura y la música, todas las bellas artes consagraron los frutos de sus inspiraciones á glorificar el grande acontecimiento. Cuatro obispos aumentaron con su presencia el esplendor de la fiesta, á saber: los ilustrísimos Testard de Cosquer, de la Bouillerie, Amanlon y Maret.

Cuando el nuncio de Su Santidad salió de la Iglesia, la plaza de San Sulpicio, atestada de gente, empezó á aclamar á Pio IX; entonces S. E. contestó bendiciendo á la muchedumbre desde el atrio del templo. Al dirigirse á su habitacion las muchedumbres le seguian y aclamaban. «Esta fue la primera «vez, escribia á la mañana siguiente *L'Univers*, despues de la Liga, que un «nuncio pontificio ha sido aclamado públicamente en París.»

Citamos á París, por ser el reflejo del espíritu de la Francia; en todas las poblaciones, desde las mas insignificantes hasta las segundas capitales del entonces imperio se notó igual fervor.

Austria celebró con no menor interés la gran fiesta del 11 de abril. En Viena, donde algunos temian fuese celebrada con gran indiferencia la fiesta aniversario, se notó un empeño especial en convertirla en una verdadera demostracion de fe. En la iglesia de la universidad la distribucion eucarística, hecha por manos del nuncio Excmo. Sr. Falcinelli, duró dos horas. Durante toda la mañana las iglesias de Viena estaban henchidas de personas anhelantes de ofrecer á Dios para la felicidad del Pontífice una comunión devota.

Despues de la misa del nuncio, una noble señora, protectora de un instituto de pobres huérfanas, se presentó á S. E. el Nuncio apostólico á ofrecerle los dones que las pobres jóvenes del Instituto consagraban al Soberano Pontífice con ocasion de su jubileo. Consistian en sortijas de poco valor, sencillísimos pendientes, alfileres de pecho y una pequeña cantidad entre ellas recogida, todo acompañado de una carta en la que las huérfanas se excusaban de no poder dar mas, aunque expresaban la intencion de hacer cortar sus cabellos para venderlos y remitir su precio á Pio IX.

Al mediodía tuvo lugar en casa del Nuncio una brillante recepcion. Asistieron á felicitar á Su Santidad, por su conducto, el archiduque Francisco Carlos, padre del emperador, la archiduquesa Sofía, el archiduque Carlos Luis y la archiduquesa Anunciata, el duque de Módena, el príncipe Hohenlohe, todos de gran uniforme; casi todos los individuos de la alta aristocracia y del cuerpo diplomático, diputaciones de las asociaciones católicas, y hasta el conde de Beust, que no ocultó su sorpresa de encontrar tan extraordinaria y distinguida concurrencia en los salones de la Nunciatura.

S. E. el señor Nuncio pronunció un notable discurso en contestacion al que le dirigió el landgrave Furstemberg, en nombre de las asociaciones católicas.

«Para muchos, dijo Mons. Falcinelli, la fe y la devocion á la Silla pontificia se desvanecen en el pueblo austríaco; mas el espectáculo de este dia les advierte su error: este cuadro atestigua la vitalidad de la Iglesia, y sin duda hasta los enemigos del Catolicismo recibirán de este hecho un aviso saludable.

«Esta vitalidad, esta fuerza de la Iglesia se apoya en su unidad; unidad de las inteligencias, que se someten á unas mismas verdades, unidad de los corazones, que acatan, respetan y aman una misma autoridad.

«Una parte importante de la mision de las asociaciones católicas de Viena consiste en procurar la conservacion de esta unidad. La presente manifestacion de la conciencia católica de los austríacos me regocija inmensamente, no solo por vosotros, señores, sino por mí, *porque tambien yo soy austríaco como vosotros*, yo he sufrido, yo sufro, empero con la confianza de que Dios nos concederá el triunfo de la unidad en la verdad...»

El cardenal Rauscher, arzobispo de Viena, dió un gran banquete en aquella misma noche en celebracion del aniversario, al que asistió tambien el Nuncio de Su Santidad, quien á los postres brindó por el emperador Francisco José y por el señor Arzobispo de Viena, que en aquel mismo dia 11 de abril cumplia los veinte y cinco años de su consagracion episcopal.

Muchas regiones austríacas se distinguieron en aquel dia por los sinceros testimonios de afecto á la Silla apostólica. Todo el Tirol apareció por la noche sembrado de hogueras que, pareciéndose á las estrellas del cielo reflejadas en aquella tierra de creyentes, daban á Pro IX una prueba del amor que ardía en el corazon de aquella parte de sus hijos.

En Gran, residencia del Primado de Hungría, celebróse una notable procesion á la que asistió el pueblo y la aristocracia. La Galitzia y la Transilvania se manifestaron igualmente entusiastas.

No hay necesidad de hablar de las demostraciones de fe de nuestra España, cuya nacion permanece sinceramente católica.

Las asociaciones católicas de que está sembrado el país aprovecharon aquella ocasion para certificar una vez mas la profunda fe nacional.

Bélgica no desmintió su celo y perseverancia religiosa; en Bruselas, Malinas, Lovaina, Brujas, Liejo, Tournai y Namur fueron espléndidas las demostraciones.

La Holanda, aunque mas dominada que la Bélgica por el espíritu protestante, quiso ostentar el vigor que conserva allí el elemento católico. Confirmáronlo con sus brillantes funciones sobre todas las otras ciudades Amsterdam, la Haya, Bois-le-duc.

Portugal correspondió al himno universalmente entonado á Pio IX.

Lisboa y Braga se distinguieron por la magnificencia de sus funciones. Una exposicion cubierta por miles de firmas fue elevada á Su Santidad con aquel plausible motivo; en ella se decia: «Los fieles de Portugal, en donde jamás ha triunfado la herejía y el cisma, tienen á inmensa gloria venerar en la persona de Su Santidad al Vicario de JESUCRISTO sobre la tierra, al sucesor de san Pedro, al centro de la unidad católica, al órgano de la verdad, al fundamento y baluarte de la libertad religiosa.»

Si de Europa pasáramos á América, la veríamos toda ella entregada el dia 11 de abril á festejar el grato acontecimiento del venerable anciano que preside los destinos del mundo católico.

En nueva York las Cofradías de San Vicente de Paul, san José y san Lorenzo, recorrieron las calles á banderas desplegadas en medio de las señales de respeto y veneracion de los pobladores de aquel gran centro mercantil: en el Estado de Hospe se abrió una suscripcion, que tuvo eficacia para erigir un monumento público á Pio IX.

En Boston, Filadelfia, Pittsburgo, San Francisco, San Luis, Newark Albany, Bufalo, Dayton, Luisville, las demostraciones católicas fueron consoladoramente acentuadas.

En fin, basta lo consignado para que sepa el porvenir que la sociedad actual, léjos de hallarse dominada por la indiferencia religiosa, da á hechos, que en otras épocas pasaban desapercibidos, la importancia de grandes acontecimientos.

Jamás habia sido glorificado como hoy el aniversario semisecular de la misa de un Papa, á pesar de haber habido algunos Pontífices que consiguieron esta gracia.

Solicito siempre Su Santidad en velar por la incolumidad de los derechos de la Iglesia, levantó su voz en el Consistorio habido á los 25 de junio del mismo año, pronunciando la siguiente *Allocucion*:

«Venerables hermanos: En esta reunion solemne de vuestra asamblea nos vemos obligados á deplorar, con gran dolor de nuestro corazon, la nueva ley sancionada y promulgada por el Gobierno subalpino, contraria en alto grado á la Iglesia católica, á su inmunidad, á su libertad y á sus derechos y á la misma sociedad civil. Nos referimos á la ley por la cual este Gobierno, despues de tantas iniquidades que seria cási imposible enumerar contra la Iglesia, sus sagrados ministros y todo lo que le pertenece, no ha vacilado en someter á los clérigos al servicio militar. ¿Quién no ve cuán hostil y dañosa á la Iglesia es esta ley, que la priva de un derecho concedido por Nuestro Señor JESUCRISTO mismo, y la coarta en la eleccion de ministros idóneos y necesarios, instituidos por el mismo CRISTO para defender y propagar su Religion divina, y procurar la salvacion de las almas hasta la consumacion de los siglos; esta ley, cuyo único objeto parece que es borrar y exterminar, si tal pudiera suceder, la Iglesia católica de esta infelicísima Italia?»

«No tenemos palabras con que reprobar y condenar esta ley. Todo el mundo sabe que no hemos omitido medio alguno para cumplir con el mayor celo posible los deberes que nos imponia el cargo de nuestro ministerio apostólico, y que todos nuestros venerables hermanos los obispos de Italia, dignos de la mayor alabanza, no han cesado de hacer oír sus justas quejas, reclamaciones y solicitudes, para que no se promulgara semejante ley.

«¡Pluguiese al cielo, venerables hermanos, que no tuviéramos que deplorar al mismo tiempo los graves daños y males con que es afligida y vejada de un modo lamentable en el imperio austríaco y en el reino de Hungría nuestra santísima Religión! En cuanto á las noticias que nos llegan del reino de España sobre las cosas eclesiásticas, léjos de darnos algun consuelo, nos traen motivos de tristeza y amargura.

«El Gobierno ruso sigue persiguiendo á la Iglesia católica, arrojando, por violencia, de cási todas las diócesis á los obispos, y desterrándolos, porque, fieles á su deber, escuchan la voz y cumplen los mandatos del Vicario de CRISTO en la tierra. Y no los permite salir de los límites de su imperio, aunque lo reclamen absolutamente los mas grandes intereses de la Iglesia; y de esta manera aumenta de dia en dia los obstáculos que impiden á los fieles de sus Estados comunicarse con Nos y con esta Sede apostólica.

«Pero, en medio de las gravísimas angustias que nos afligen, encontramos ciertamente un gran motivo de consuelo en el laudabilísimo celo pastoral con que los obispos defienden con valor la causa católica, y luchan por conservar intactos los principios de nuestra santa fe y la unidad de la Iglesia contra las asechanzas y esfuerzos múltiples que emplean los hombres impíos para propagar sus errores. Nos tenemos confianza en que todo el clero católico se esforzará en imitar los ilustres ejemplos de sus obispos, procurando rivalizar con ellos.

«Entre tanto, nos dirigimos una vez mas á todos estos enemigos de CRISTO y de su Iglesia santa, advirtiéndoles que consideren seriamente que Dios castiga de un modo terrible á sus enemigos y á los de su santa Iglesia.

«En cuanto á nosotros, no cesamos, venerables hermanos, de rogar y suplicar con humildad y fervor al Padre de las misericordias, para que traiga á todos los desdichados errantes por el camino de la perdicion á la senda de la verdad, de la justicia y de la salvacion, y para que en todas partes engrandezca y llene de gloria con nuevos y brillantes triunfos á la Iglesia católica.»

Pio IX hizo en aquel año una excursion á Castel-Gandolfo; aprovechando sus pocos dias de esparcimiento para visitar algunos lugares célebres por la piedad que excitan y los recuerdos que entrañan.

El sábado 22 de mayo se trasladó al santuario de Gallono, situado en el camino del Ariccia y Gensano, regiones amenas y glorificadas por la via Appia, via sostenida por los colosales trabajos que certifican á las generaciones el genio de Appio Claudio, via enriquecida por atrevidas y preciosas mejoras llevadas á cabo por los mas celosos pontífices. La Ariccia moderna ocupa el espacio de aquella antigua ciudadela donde acabó sus dias el hijo de Porsenna. En medio de uno de los frondosos bosques, que hacen paradisiaca aquella fértil region apellidada todavía la selva de Diana, elévase la iglesia de Nuestra Señora de Galloro, servida por los Padres de la Compañía de Jesús. Pio IX, despues de haber adorado el Santísimo Sacramento y venerado la milagrosa imágen de María, admitió á la comunidad al beso de los piés, entablando familiar conversacion con los religiosos. Al salir del santuario, el pueblecito de Ariccia se encontraba brillantemente iluminado, y la municipalidad le consagró una espléndida fiesta nocturna que el paternal Pio presenció, lleno de pura satisfaccion, desde una elegante tienda que al efecto se habia levantado.

La multitud de pueblo era tanta que al regresar á Castel-Gandolfo, el tiro de la carroza pontificia se vió con frecuencia detenido.

Á la mañana siguiente Nemi fue el afortunado lugar que recibió la visita del Papa. Nemi se levantó sobre las ruinas de un antiguo templo de Diana. Bella es la posición de Nemi que sucesivamente ha sido patrimonio de los Frangipani, Savelli y Colonna como hoy lo es del duque Braschi sub sobrino de Pio VI, Nemi domina un apacible lago formado sobre el cráter de un volcan; lago que los romanos gentiles llamaban el *speculum Dianæ*. Cuéntase que era aquel el lugar predilecto de Tiberio, el cual para embellecerlo habia hecho construir una nave de ciento cuarenta metros de longitud por setenta de latitud.

El cardenal Antonelli recibió al Papa en Nemi acompañado del cardenal di Pietro, obispo diocesano. Pio IX visitó la iglesia de los Franciscanos allí erigida, en la que se celebraba el segundo aniversario secular de los grandes prodigios obrados por la invocación de un Crucifijo que todavía se venera allí.

El duque Braschi hospedó en su augusto alcázar al Pontífice, tributándole con régia magnificencia los homenajes debidos á la mas alta dignidad de la tierra.

No tenemos tiempo ni espacio para detallar todas las visitas realizadas por Pio IX en los alrededores de Castel-Gandolfo.

Gengaro, Frascati, Grotta Ferrata, etc., fueron teatro de ruidosas y cordiales ovaciones; una lluvia de flores inundaba su carruaje, ó caía á sus plantas, porque á sus simpatías personales, que arrancan de los fieles entusiastas admiraciones, se unía el recuerdo de los actos de misericordia que multiplicaba amnistiando á muchos presos y acallando los gemidos de muchos indigentes.

El dia 31 de marzo regresó á Roma, ansiosa ya de aclamar de nuevo, como en efecto aclamó, al Papa cuya ausencia de pocos dias, era cordialmente sentida.

Mas ¡ay! aquellos pocos momentos de expansion quiso la Providencia fueran seguidos por una profunda amargura.

Pio IX, que ha profesado siempre un verdadero cariño á su familia, perdió á su hermano primogénito, el conde Gabriel Mastai, octogenario. El conde Gabriel era todo lo que se llama un caballero, y entre los individuos de su casa puede decirse que obtenia la predilección del soberano Pontífice.

Al tener noticia Su Santidad de que su ilustre hermano habia sufrido una peligrosa caída, se dirigió á *Santa Cruz de Jerusalem*, santuario edificado en la plaza de san Juan de Letran, y en la que se conserva la célebre *Scala sancta*. Fórmanla veinte y ocho eslabones de mármol blanco listado (*marmor tyriticum*) que la emperatriz Elena hizo venir de Roma. Es la misma que JESUCRISTO subió y bajó cuatro veces el dia de su pasión, en el palacio de Pilatos. Por un laudable arranque de piedad los fieles la suben de rodillas, bajando despues por una escalera lateral (1).

(1) Dos veces hemos tenido la fortuna de poder subir aquella célebre escalera. Siendo tantos los fieles que continuamente la suben, gastábase ya con el frote el duro mármol, por lo que para impedir el deterioro de aquel importante monumento religioso é histórico dispuso un pontífice que se cubriera el mármol de preciosa madera, dejando abierto en ella un óbolo con cristal en aquellos puntos en donde se ven marcadas las gotas de sangre, caída allí mismo de las heridas del Redentor divino. Los fieles se inclinan ante aquellas gotas y las adoran al través del cristal. Sobre aquel cristal bendito depositamos el beso de nuestros labios con tanta efusión, que en gracia del consuelo que nos causa recordarlo, estamos seguros de que se nos dispensará esta legítima y cristiana expansion de nuestra alma.

Pio IX, á pesar de su edad y de sus fatigas, quiso subir de rodillas tambien aquella escalera sagrada, á fin de implorar para su hermano la salud temporal, ó si no pluguiera á Dios concedérsela, la gracia de una breve y tranquila muerte.

«Pio IX, dice Ernesto Hello, subiendo de rodillas la *Scala sancta*, á pesar de su edad avanzada y del subido calor que se sentia, apoyándose en el brazo de un gentil hombre, cuando le era imposible sostenerse por sí propio, inundado de sudor, enjugándose la frente, ha dado sin pensarlo, un grande espectáculo al mundo.

«Solo el Cristianismo podia trazar este cuadro y ofrecerlo á las miradas de los hombres.

«¡El vicario de Dios, el sucesor de san Pedro, el padre de la humanidad arástrase de rodillas sobre aquellos peldaños que subió y descendió JESUCRISTO! ¡Aquel á quien fueron confiadas las almas, enjuga el sudor de su rostro y no quiere descansar hasta haber llegado al último eslabon, porque su hermano está próximo á la muerte!

«En general el hombre entregado á sí propio es demasiado débil para apercibirse y sentir exactamente su situacion.

«Es difícil á un rey permanecer plenamente hombre, es difícil á un hombre, que siente el polvo de que fue hecho, permanecer plenamente rey.

«Es difícil al que tiene sobre de sí los destinos de una nacion conservar todo él lleno de los sentimientos personales de hombre, de hijo, de hermano, de amigo; el hombre soberano de hombres tiene grandes dificultades á manifestarse diferente que ellos, superior á ellos y mejor que ellos, á la vez que igual á ellos. Todo el que por su estado debe considerarse grande tiene dificultad de manifestarse hombre; de modo que, no sin cometer una especie de crimen de lesa majestad, los dolores naturales invaden la persona de un soberano.

«Mas hé ahí que en el acto que nos inspira sucede todo lo contrario.

«El Cristianismo nada tiene que ocultar, porque conoce á fondo toda la grandeza y todo el sufrimiento. El que empuña las llaves terribles, el que guia y conduce la Iglesia á través de su peregrinacion, el que tiene debajo su solicitud el oriente y el occidente, el que ejerce un imperio sobre el que el sol jamás se pone, permanece hombre, hijo y hermano; da á la naturaleza lo que le incumbe, revela su angustia por una plegaria que cubre de dolor su frente, acuérdase que es humano polvo al través de las alegrías y de los dolores del espíritu; ostenta al pueblo su oracion y su sudor como le ostenta la tiara en su frente oficiando en san Pedro, actitudes que concurren todas á enaltecer la magestad de su persona.

«La divinidad de su destino, su ministerio, su persona, su vida resplandece mas que de ordinario cuando ruega, cuando suda por un duelo de familia, de rodillas en la escalera, varias veces recorrida por JESUCRISTO y por su Vicario.»

Dios llamó el alma del piadoso conde Mastai. Sinigaglia y el Vaticano se cubrieron de luto.

Pio IX al saber el ya temido fallecimiento se encerró algunas horas en su habitacion particular, no saliendo sino para dirigirse á San Pedro donde por largo rato oró ante el santísimo Sacramento; prosternóse luego ante el sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo. Sensible á la vez que resignado, el Pontífice

dió á la cristiandad una leccion práctica del modo varonil con que se han de recibir los contratiempos que Dios nos envía.

Roma entera se asoció al profundo dolor de su rey y Pontífice, de modo que pronto las manifestaciones de cariño filial hicieron brotar de los ojos del padre lágrimas de ternura, que sustituyeran á las exprimidas por la natural pena de su lacerado corazon de hermano.

Acercábase la época en que Pio IX habia de recibir de la Providencia el privilegio, único hasta ahora en la historia de los Papas, de sobrevivir á los días que Pedro reinó desde la cátedra romana.

Era de creer que la Iglesia se entregara á manifestaciones cordiales de amor y de entusiasmo con motivo del fausto y raro suceso con que la divina Providencia ha querido derramar una gota de bálsamo en el corazon de la cristiandad amargada por tantos sinsabores; empero de ninguna manera, debemos confesarlo, esperábamos que la expresion del gozo cristiano fuese tan elocuente y tan significativa como ha sido en realidad.

La edad media, á pesar de ser la edad de la fe, presenta en sus anales pocos espectáculos que superen en colorido al cuadro que la cristiandad ha desplegado; escribamos, pues, esta página consoladora, ya que nos hemos visto precisados, en nuestra cualidad de historiadores, á escribir tantas de ingratas.

Volvamos ante todo á Roma las miradas: verdad es que la soberana de los pueblos gime cautiva, y que el Vaticano, suntuoso alcázar consagrado por la devocion y la piedad de los siglos á la grandeza pontificia, está convertido en otra cárcel Mamertina, en donde habita solo custodiado por los Ángeles el Pontífice que merece el dictado de *Pedro II*.

Sin embargo, este mismo aislamiento, el abandono, la persecucion que el Papa sufre de parte de los poderes terrenales, da mayor realce á las ovaciones espontáneas y á los homenajes tributados al que no tiene á su lado mas que el derecho ultrajado y algunos fieles servidores.

Roma cuenta pocas fechas tan gloriosas como la del 16 de junio pasado.

El Papa cautivo, reuniendo á sus plantas lo mas escogido de la sociedad, las principales notabilidades del orbe, ya se consideren bajo el punto de vista del talento, de la fortuna ó de la posicion, es un testimonio muy elocuente de la gloria y fuerza morales é imperecederas que en la institucion pontificia vienen vinculadas.

No podemos dar una noticia completa de todas las diputaciones que recibió el Padre Santo en aquel memorable dia.

La primera fue la encargada de comunicarle la felicitacion del sacro Colegio.

Hé ahí lo que contestó Su Santidad á aquellos venerables cardenales:

«Doy las gracias, dijo, al sacro Colegio, por los sentimientos que no ha cesado nunca de manifestarme. Él ha sido mi mas grato consuelo, mi primero y mas fiel sosten en mis pruebas por la Iglesia de JESUCRISTO; asistiéndome continuamente, ya en las diferentes congregaciones, ya en tantas obras llevadas á cabo para bien de los fieles. Al veros, queridos mios, y al pensar en la época en que vivimos, acude á mi mente el recuerdo de David á quien un hijo indigno arrebatava trono y palacio. Para no caer en manos de los rebeldes tuvo que tomar el camino del destierro, sobrellevando las injurias y las blasfemias del cobarde Semei que insultaba su desgracia. Se alejaba con sus fieles soldados que le formaban una muralla con sus cuerpos y aligera-

ban sus dolores participando de ellos. En sus soldados veo vuestra imágen, así como en sus injurias y blasfemias veo figurar las blasfemias, los ultrajes y la hipocresía de los periódicos que mancillan nuestra Roma. Ya sabeis cuál fue la suerte de aquel hijo rebelde, y cómo pereció traspasado de tres lanzadas. Deseo y pido esas tres lanzadas, pero solo en orden de la gracia, para el que me ha despojado y los que tan injustamente me persiguen. Esas tres heridas son el recuerdo de lo pasado, de las injusticias y violencias cometidas; la idea de lo presente, que le haga comprender á qué triste condicion ha reducido á la Iglesia en la ciudad misma donde tiene su Sede pontificia; y la idea de lo porvenir, que le advierte que habrá de comparecer ante el tribunal de Dios y darle estrecha cuenta de su conducta. Solo deseamos que los pecadores se conviertan y que vivan. Bendigo afectuosamente á los cardenales. Que el Señor les colme de todos los bienes. Bendigo á sus diócesis, á sus servidores y á los que dependen de ellos, rogando al Señor que premie su adhesión y fidelidad con todos los bienes espirituales y temporales.»

Bélgica se manifestó á la altura de su fe tradicional ofreciendo al Pontífice una tiara valorada en 300,000 francos, y mereciendo de Pio IX el siguiente homenaje rendido á la religiosidad de aquel país:

«Si bien en este momento solemne, dijo, todo el mundo católico se interesa por mí y toma parte en mi situación, no existe ciertamente ningún país que supere al vuestro en la unidad del pensamiento y en la fuerza del afecto. ¡Cuántas pruebas generosas me ha dado la Bélgica! *Juvenes et virgines, senes cum junioribus* se han unido para manifestar al Papa su filial amor y aliviar sus padecimientos.

«Y me parece que el Señor ha querido recompensaros de una manera que calificaré de prodigiosa. En medio de la tempestad que ha agitado á toda Europa, vuestro país ha permanecido tranquilo. Es verdad que ha contribuido á ello vuestra prudencia; pero es cierto también que vuestro amor al Pontífice y á la Iglesia ha tenido su parte en este prodigioso alejamiento del peligro.

«Me ofrecéis presentes; una tiara magnífica, símbolo de una triple dignidad real en el cielo, en la tierra y en el purgatorio. Mi reino no perecerá porque el Papa será siempre Papa en cualquier lugar donde se halle, un día en sus Estados, hoy en el Vaticano, y tal vez otro día en una cárcel. Sí, acepto esa corona como un símbolo de resurrección. No me servirá en la actualidad, la guardaré para los días del triunfo. Haga el Señor que llegue pronto...»

Al contestar á la comisión holandesa Su Santidad pronunció las siguientes palabras:

«¿Cómo no he de amar á la Holanda, cuando me unen á ella tres grandes lazos, sus oraciones, sus considerables ofrendas y el haberme enviado sus esforzados hijos para defender la Iglesia y la Santa Sede? Pero ellos no han podido continuar la lucha uno contra cuatro. He admirado á muchos de esos jóvenes; uno de ellos tenía el brazo fracturado, y otro, lo recuerdo muy bien, sobrellevaba sus padecimientos con admirable resignación. Al verles derramé lágrimas, no de debilidad, sino de admiración por su valor y sus virtudes.

«Vuestro Gobierno, aunque protestante, no puso obstáculo alguno para que esos jóvenes viniesen á Roma. Sé muy bien que la sociedad está trastornada y que no siempre los Gobiernos tienen completa libertad de acción.»

Su Santidad, hablando familiarmente con los individuos de la comisión polaca, les dijo:

«Mis hijos han acuñado medallas, llegan comisiones, las naciones protestan, todo el mundo católico está conmovido, y sin embargo nada ha cambiado en mi posición, y nada tengo seguro. Pero, de todas maneras, este estado de cosas no puede durar siempre; no cambiará sin duda hoy ni mañana, mas cambiará. Os he dicho que era preciso tener calma. El Señor no ha permitido que pierda un solo instante mi confianza, y hasta os diré que lo que hoy sucede es una garantía para el porvenir.»

La Francia representada por el ilustrísimo Obispo de Nevers, y por unos cuantos centenares de hombres notables de la nación de san Luis, se presentó á Su Santidad, reiterando, con el entusiasmo que caracteriza á los franceses, los sentimientos de su inquebrantable unión al pontificado: el Papa contestó al discurso del Obispo de Nevers:

«No puedo expresaros la diversidad de sensaciones que experimenta mi corazón.

«Tengo presentes los grandes beneficios que Francia ha hecho por mí. Tengo ahora presente que Francia sufre, y esta idea me hace sufrir. ¡Pobre Francia!

«Amo á Francia, y tengo grabado su recuerdo en mi alma. Ruego por ella todos los días; jamás la olvido en el santo sacrificio de la misa; mi pensamiento no se aparta de ella ni un solo instante. Como la he amado la amaré siempre.

«Sé que ha ofrecido los mas grandes ejemplos de abnegación: sé que su caridad ha sido grande para con los pobres y para con la Iglesia; sé el número considerable de institutos de caridad que ha fundado y el grande impulso que ha dado á todas aquellas obras que tuvieron por objeto moralizar á los hombres y principalmente á las mujeres.»

La España iba presidida por el eminente Sr. Blanco, obispo de Ávila: su ilustrísima supo interpretar con su proverbial elocuencia los votos del pueblo español, tan adherido á la cátedra de Pedro, centro de la unidad religiosa y social; hé ahí sus palabras:

«Beatísimo Padre: En esa gran conmoción religiosa con que los católicos de todo el orbe demuestran una vez mas en estos días la vigorosa y potente vitalidad de la Iglesia y el amor que arde en sus pechos hácia el inmortal Pontífice que tan dignamente la gobierna hace veinte y cinco años, no habia de permanecer inmóvil una nación que mas quizá que otra alguna de la tierra debe sus mas esplendentes glorias y hasta su vida social al Catolicismo, y muy señaladamente á las bendiciones siempre fecundas del supremo pontificado.

«La España, Beatísimo Padre, en medio de los quebrantos y humillaciones á que la sábia y amorosa Providencia, Árbitro eterno de los destinos, ha querido someterla con fines adorables, guarda, gracias á Dios, como una joya preciosísima la fe católica, principio generador y conservador de sus grandezas, y con ella el amor ferviente á la Iglesia y al Soberano Pontífice su cabeza. Este amor, Beatísimo Padre, léjos de entibiarse, se acrecienta y aquilata en medio de rudas pruebas y dolorosos combates, como suele siempre suceder á los guerreros de la Cruz.

«Y este acrecentamiento de amor de los católicos españoles, esta mayor intensidad de afectuosa y reverencial devoción á la Santa Sede apostólica es debida en gran parte al maravilloso cúmulo de favores y mercedes con que á

Dios plugo enriquecer y rodear de esplendor y de gloria el pontificado de Vuestra Santidad. El período histórico que este comprende es tan gloriosamente fecundo, que aun olvidada ó suprimida la historia de diez y ocho siglos, él solo bastaria para demostrar la vida divina de la Iglesia, la accion continua de Dios en medio de ella.

«Y ahora, continuando el Señor la obra de sus maravillas, está prolongando los dias de vuestro pontificado mas allá de los términos de todos los anteriores despues de san Pedro. Este fausto acontecimiento, Beatísimo Padre, atendidas todas sus circunstancias, tomadas en cuenta las fatigosas tareas del altísimo ministerio, las tenaces luchas en él sostenidas contra el poder creciente del error y del mal, los desdenes y horribles ingratitudes sufridas, los ataques y sacrílegas violencias contra él empleadas; atendido esto y sobre todo la delicada y exquisita sensibilidad de vuestro corazon dulcísimo, dan al suceso de la prolongacion de vuestros dias un cierto carácter de prodigio que levanta hácia Dios los corazones de los católicos haciéndoles exclamar: *Hoc opus dexteræ Eccelsi*. Obra es esta de la diestra del Excelso.

«De este dulce sentimiento se hallan muy especialmente penetrados los españoles pertenecientes á las asociaciones activas, últimamente formadas con el fin de agitar y mantener en su vivacidad y accion salvadora las ideas y los sentimientos católicos.

«Entre estas Asociaciones se distinguen por su ilustrada y constante laboriosidad la que lleva el nombre de *Asociacion de católicos* y la *Academia de la Juventud católica*, cuyas comisiones, compuestas de ilustres y distinguidas personas, tengo la honra de presentar á Vuestra Santidad.

«Estas comisiones, Beatísimo Padre, representan en primer término á las dos Asociaciones mencionadas; mas como el espíritu que á esas anima es el mismo de que vive la mayoría inmensa del pueblo español, bien puedo yo asegurar, para consuelo de Vuestra Santidad, que ellas son verdaderamente representantes de la España, y que en cierto sentido la España está hoy aquí, ante la augusta presencia de Vuestra Santidad, dando un nuevo testimonio de su fe, y una prueba insigne de su íntima y cordial adhesion al Jefe de la Iglesia, al Maestro infalible, al Pastor amoroso, al tierno y muy querido Padre de toda la cristiandad.

«Sí, Beatísimo Padre; La España de hoy, que gracias á la misericordia del Señor vive todavía del yugo de la España antigua, de la España de Recaredo y san Fernando, de la España que dió vida y luz á un nuevo mundo, al felicitaros por el fausto advenimiento al vigésimosexto año de vuestro pontificado, participa de la universal alegría que tan glorioso acontecimiento inspira á toda la Iglesia católica; protesta que está y quiere permanecer unida á Vos en los combates como en los triunfos, en los dolores como en los gozos, en las amarguras y tribulaciones como en las dulzuras y consuelos: ama lo que Vos amais, desea lo que Vos deseais, reprueba, condena y anatematiza lo que Vos reprobais, condenais y anatematizais.

«Espera tambien confiadamente, puestos los ojos en el cielo, lo que Vos esperais, la paz de las naciones, el triunfo de la Iglesia y de la Santa Sede apostólica, vuestra libertad y la libertad del espíritu de doscientos millones de hombres que os llaman Padre, y cuyos corazones forman un trono de amor que no os arrebatará la impiedad.

«Para el logro de estos justos deseos y realizacion de estas santas espe-

ranzas las comisiones de las Asociaciones religiosas que me han honrado con su especial confianza en nombre suyo y de sus dignos comitentes ofrecen á Vuestra Santidad sus oraciones, la constante actividad de su celo en la propagacion de la verdad y del bien, los sentimientos de la veneracion mas profunda, y finalmente los donativos que la piedad española ha puesto en sus manos para que los presenten á los piés de Vuestra Santidad como tributo de amor y homenaje de ardiente devocion.

«Tales son, Beatísimo Padre, las *garantias* que los católicos españoles pueden ofrecer. Creo fácilmente que ellas, á diferencia de otras, sean aceptas á Dios y á Vuestra Santidad. Dignaos pues, Santísimo Padre, recibirlas con la paternal benignidad que os caracteriza; y para que puedan continuarse en cuanto la necesidad lo exigija, dignaos ¡oh Vicario de Dios! extender vuestra mano paternal y benéfica sobre la España, á quien tanto amais y que tanto os ama, para que con vuestra bendicion desciendan sobre ella en gruesos raudales las bendiciones del cielo que apaguen el fuego de nuestras discordias. Dignaos bendecir muy señaladamente las Asociaciones antes mencionadas, y á estos ardientes y animosos católicos que me acompañan y me edifican con sus virtudes.

«Dignaos tambien extender el beneficio de vuestra bendicion apostólica á todos los que han concurrido con sus piadosas ofrendas al alivio de las angustias de Vuestra Santidad y á las familias y amigos de unos y otros. Quiera el Dueño de la vida conservar incólume la muy preciosa de Vuestra Santidad, hacer que vuestro pontificado, engrandecido ya por tantos títulos, consiga la gloria de traspasar *los días de Pedro*, y que los que ahora tenemos la honra y el consuelo mezclado de cierta amargura de visitar á Pedro *in vinculis*, tengamos un día el placer y la dicha de saludarle ensalzado en trono de gloria en medio de la Iglesia santa, dirigiendo con plena libertad su voz apostólica desde la cátedra infalible á todos los pueblos y naciones de la tierra, para atraer á todos los hombres á los caminos de la verdad y conducirlos al cielo.

«Si para llegar á tan venturoso término fuese necesario, Beatísimo Padre, dar nuestra sangre, nuestra vida... ¡Oh! felices nosotros concediéndonos el Señor su gracia. Nuestra vida... nuestra sangre... ¿Qué importa nuestra vida? ¿Qué vale nuestra sangre? Muramos nosotros en la paz del Señor: muramos nosotros, y ¡*Viva Pro IX! ¡Viva Pro IX papa-rey!*»

Conocidas son las simpatías que Pro IX profesa al pueblo español; conocida es la profunda pena que siente ante el afflictivo estado de nuestra Iglesia; no es extraño, pues, que el conmovedor lenguaje del Obispo de Ávila, expresion tan acertada de los sentimientos españoles, arrancara de los ojos de Su Santidad algunas lágrimas elocuentes, é inspirara á sus labios frases elocuentísimas, certificado consolador de que todavía poseemos el amor y el cariño del Padre Santo, augusto soberano de nuestras conciencias.

La Inglaterra envió al Papa varias diputaciones; al clero inglés recordóle Su Santidad el placer que sentia de haber podido llevar á cabo el restablecimiento de la jerarquía católica en el país evangelizado por san Bonifacio.

La Juventud católica inglesa le dirigió tambien á Su Santidad la expresion de sus íntimos afectos:

«Santísimo Padre: al saludar con inexplicable alegría el vigésimoquinto año de vuestra elevacion á la cátedra de san Pedro, nosotros, representantes de la juventud católica de la Gran Bretaña, deseamos acercarnos á Vuestra

